IGNACIO SILONE

MI PASO POR EL COMUNISMO

Prólogo de
AMÉRICO GHIOLDI

ASOCIACIÓN ARGENTINA
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

91

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

Copyright by ASOCIACIÓN ARGENTINA
POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Queda hecho el depósito que marca
la Ley Nº 11.723

PRÓLOGO

ESTE *libro de Ignacio Silone es un documento humano. El lector no deberá buscar en él, no obstante tratar de la conversión de un intelectual que abandonó la militancia comunista, ni clasificaciones y análisis ideológicos ni estudio de doctrinas, si bien las cuestiones teóricas están presentes en el relato, pero como implicadas en la emocionante biografía espiritual. No se espere encontrar en la lectura confesiones estridentes o impresionantes retractaciones, menos aún la apología de la conversión. La hondura espiritual y la profunda humildad dictan a Silone, al final de la búsqueda en sí mismo, el mensaje destinado a todos los hombres sensibles, y a los oprimidos que agobiados por el peso del poder o desesperanzados están "constreñidos a proceder bajo un cielo ideológico oscuro" y que acaso, por ello mismo, están en las mejores condiciones de aceptar que mientras "subsista la obstinada voluntad de comprender y hacer saber lo comprendido, quizá no haya motivo para desesperar del todo". De esto se trata. Silone quiere comprender lo que pasa en sí mismo, y comprender cómo se ha determinado su alma en los sucesivos momentos de su vida militante,*

primero como joven socialista, enseguida como luchador en el antifascismo, después como comunista y finalmente como hombre libre que descubre el sentido del socialismo democrático tras de comprender cuán tremenda es la realidad del comunismo en los destinos del hombre.

Los dos trabajos contenidos en el libro, aunque escritos con diferencia de años, relatan con sencillez y riqueza humana una experiencia íntima, la experiencia de una conciencia política siempre activa y ansiosa en la búsqueda de sí misma en el plano de la verdad. Esta es la historia de una conciencia moral replegada sobre sí, trabajando en sí misma, sin dejar de ser la conciencia de un hombre político que no vive en la contemplación cartujana de sí y del mundo, sino que participa en las luchas de los trabajadores y de los hombres. Pero no es tan sólo un libro de autenticidad, expresión sincera y de sencilla nobleza de una vida, sino además un trabajo de reflexión, para coordinar la propia vida con la verdad y penetrar lúcidamente en la situación mental y espiritual de nuestro tiempo en cuanto se refiere particularmente a los hombres que participan de móviles políticos y sociales.

Por supuesto que el libro no es una confesión general de debilidades, imprudencias y errores en busca de comprensión por la buena fe puesta en todos los momentos. Aunque el tono de intimidad da cierto aire de confesión al relato, el libro, que por ello adquiere valor de documento humano, al hacer la vívida historia y crítica de una existencia de lucha, ahonda los problemas políticos, intelectuales y morales de estos tiempos que han visto el reemplazo de viejos mitos sociales por actos de irracionalismo y la adopción de dogmas nuevos que se levantan contra la libertad y arrastran a las masas por caminos de

servidumbre. El fascismo y el comunismo nacen bajo el mismo signo histórico, y si bien dan soluciones económicas y políticas diferentes, agitan a las masas anulando la libertad y la personalidad del hombre, invocando uno el mito de la violencia, y el otro, la dictadura del proletariado erigida en axioma de la nueva geometría de la opresión.

De su comarca natal, donde su familia y las familias todas viven en dependencia feudal y en dependencia política, de las reuniones de la Internacional en Moscú, de su Italia combatiente, del exilio penoso, la cárcel y la fuga, de la lucha y el estudio, se hace la experiencia de Silone, rica, profunda y emocionante que se expone en el libro como una lección para los rebeldes sociales de todos los lugares en estos tiempos de grandes oscuridades. Silone conoció el comunismo por dentro, sus jerarquías, sus estrategias deshumanizadoras, sus malformaciones ideológicas, pero en ningún momento el relato traduce rencor, ni ofrece la común alternativa del amor ingenuo al odio sin límite. Proponiéndoselo o no, Silone escribe páginas aleccionadoras y estimulantes para los hombres del pueblo que en años de nihilismos y confusiones necesitan comprender y comprenderse, tomar la política, no como una actividad externa y de movilidad refleja, sino como asunto de la propia vida, esclarecida e idealista.

Las ideas no son ajenas a la política. No hay aquí subestimación de la teoría en sus significados de verdad. Las ideas y las acciones deben entrar en la experiencia de cada cual, asimiladas e incorporadas a la linfa intersticial propia de cada hombre. El mundo, la política, la acción pública no son una externidad que no compromete lo propio, lo vital, pues muy por el contrario abar-

con toda la vida personal. La política debe ser sentida como asunto propio. Sin la instancia y el esclarecimiento de la conciencia, la política es para los hombres una nueva carga, cuando no un motivo más de sujeción y aniquilamiento. El fascismo, los nacionalismos, el comunismo, todas y cualquier forma de totalitarismo se erigen contra la razón, menosprecian la libertad y agitan masas invocando todas las gamas del irracionalismo y el decadentismo que, en el plano político, implican la destrucción de la personalidad humana y rumbos dictatoriales; mitos, dogmas, simples slogans son usados para rellenar de estopa la conciencia que sólo siendo avivada hacen posible la democracia y el progreso social.

La materia de que trata el libro nos interesa vivamente a los argentinos que hemos pasado años observando la desecación de las fuentes humanas de la democracia, sin que podamos decir que todavía todos hayan advertido la hondura de nuestra crisis, que no es solo en lo económico y en lo gubernamental, como se da en suponer con harta frecuencia. Los movimientos tumultuarios, las excitaciones nacionalistas, los esquemas del stalinismo han desorientado a los intelectuales, nos han dado una mentalidad popular indefinida e híbrida, mezcla de todas las corrientes, de la que resultan finalmente las confusiones e incapacidades políticas que en los últimos tiempos malogran las oportunidades de gobierno propio, de partidos orgánicos y coherentes, de vida democrática esclarecida, consciente y disciplinada.

Llegamos, pues, los argentinos con una experiencia íntima de lo que significan movimientos totalitarios de masa; mas ella no está, ni mucho menos, suficientemente ahondada dentro de nosotros mismos. El libro de Silone, maravillosamente escrito, con un estilo sencillo y cauti-

vante, brotado de la verdad que da fuerza y personalidad a la palabra, ayudará a los argentinos a comprender los temas básicos de nuestras propias insuficiencias y males, y entre estos el activismo fomentado por todas las formas de totalitarismo, y en primer término el comunismo.

En las primeras páginas de la autobiografía de su conciencia, Silone nos pone maestramente ante los gérmenes de disposiciones espirituales que más tarde lo apartarán de Moscú. El diálogo de los perseguidos por el fascismo reunidos en un refugio en los suburbios de Milán tiene por motivo las recíprocas explicaciones de por qué cada uno —falso turista, falso pintor, falso arquitecto— llegó al comunismo, y cómo entiende cada cual el modo de adhesión a la milicia cuyo cuartel es Moscú. En definitiva, el diálogo trata de la acción y del modo en que los militantes se encadenan a un partido. ¿Los hombres deben estar siempre en función del partido, a su servicio y disposición, obedeciendo consignas que se les imponen o se las adhieren a la superficie de la conciencia, ahogándola finalmente; o, por lo contrario, los partidos deben estar constituidos y deben vivir en función de hombres en la plenitud de su libertad creadora? Para unos, todo es acción, la acción por la acción misma, separada de la verdad, de la justicia, del pensamiento; porque, o se supone que aquélla sólo basta, o porque se admite con fe religiosa que de la verdad, justicia, pensamiento son responsables los jefes distantes a los que respetan en virtud de la fe que los mueve y los convierte en activistas, con un barniz de razones que los hacen aparecer como agentes de la razón misma.

Para otros no; la acción no es todo. Hay que comprender el sentido de la acción. El pintor comunista del relato hará todo cuanto le pidan, pero no quiere entregar

sus sentidos; dará todo, pero no sus ojos. "Entregué mi vida, excepto los ojos para reservarme el derecho de ver lo que sucede en mi vida". Rerusa vendarse; hará todo, pero con los ojos abiertos. La ingenua cree que se nace comunista, pero otro participante advierte que en todo caso es más importante reconocer que uno se hace hombre. Aquella noche el joven combatiente reflexiona sobre la importancia de comprender el sentido de la acción, y desde luego, de la propia acción.

El activismo es una enfermedad de nuestro tiempo. Excede de la responsabilidad de un partido, pues monárquicos franceses, cierta degeneración del sorellismo, el futurismo, fascismo, hitlerismo, comunismo, formas de existencialismo, han empujado a la acción por la acción, proclamando la necesidad de enchufar la vida a algo, partido o iglesia. La voluntad sería madre de la acción, y de ningún modo la razón, ingrediente que estorba. El factor irracional sería el punto de partida de la acción.

Nosotros hemos sufrido este tipo de activismo; hemos sido muy agitados, nos hemos movido poco. Estuvimos mucho tiempo gritando bajo el balcón. Aprendimos a anularnos, si es que antes fuimos. El nacionalismo, durante años, contra la blanduzca democracia predicó la bondad de la aventura y la violencia. Una política mítica, llena de oscuridades y frases sonoras, cargada de floripondio hizo lo demás. Y el stalinismo fué estímulo de impulsos confusos, mezclándose infiltrativamente, tiñendo con sus esquemas todos los movimientos reales, que terminaron así por no saber a dónde iban y quién los insuflaba.

Leyéndolo a Silone, podemos referirnos, pues, a nuestra experiencia. Sus páginas no nos ponen en contacto con la descripción de paisajes distantes, o la explicación

de hipótesis atrevidas, ajenas a nuestra inteligencia. Nuestra situación espiritual nos permite comprender bien las graves consecuencias que se derivan de separar medios de fines, haciendo de la política tan sólo una articulación de medios, y de la moral de cátedra y púlpito la torre de marfil de los fines. Esta separación de medios y de fines nos coloca, a la postre, a merced del activismo que, en el mejor de los casos, es estallido de vitalidad y de "intuiciones a puñetazos"; nos hace títeres de la estrategia que otros planean y ejecutan tomándonos como piezas movibles; nos coloca a la merced de un cuerpo clerical de intérpretes infalibles e inexorables de la doctrina; nos entrega a manos de conductores que en sus sueños de dominio de la totalidad nos incluyen en ellos manejándonos dictatorialmente.

Desorientados y confundidos, cuando de tanto agitarse los hombres se cansan de la acción, creen entonces encontrar razones en explicaciones insuficientes, paradojales a veces, si es que antes el esceptismo no les ha ganado. Entre aquellas explicaciones insuficientes de la política, están el psicologismo, el ideologismo, el economismo; es decir, las explicaciones basadas en la mera acción psicológica, en los esquemas simples y a grandes rasgos que se toman por doctrina y en la creencia ingenua de que lo que importa es el hecho económico, pues la política en definitiva sería una vulgar superestructura, fatalmente derivada del proceso material, ya sea concebido capitalistamente, ya sea considerado desde el punto de vista comunista.

Estos testimonios de Silone son el tema de su vida; él escribe para comprender y comprenderse, tanto cuando se da en novelas como "Pane e vino" y "Fontamara" como cuando ensaya; tal en el presente libro, el análisis pe-

netrante del mundo espiritual. En todas las páginas, vibra su estremecida intimidad. Silone quiere hacer lúcida su experiencia; desea comunicarla. No solo descubre la raíz de su alejamiento del comunismo; también explica cómo llegan muchos al comunismo y cual es la fuerza íntima que los religa a Moscú, sin comprender siempre la verdadera naturaleza de la política soviética. Este es un libro para la educación política de la juventud y de los hombres. Trata a la vez de la conciencia en la política y de la conciencia política. A través del "caso Silone", desfilan temas fundamentales de dramática actualidad cuya detenida consideración es para los demócratas una exigencia ineludible y además perentoria, pues en estos días el problema de la conducta política se señala entre los primordiales en muchos países y muy señaladamente entre nosotros. Silone nos lleva a la experiencia política italiana; es decir, a la situación intelectual de un pueblo que ha sido sacudido y mal formado por el fascismo, dejando predisposiciones anímicas que agravará más tarde el modo de ser del comunismo.

Fascismo e hitlerismo cultivan el nihilismo moderno de los pueblos; es decir, esa identificación del bien, del gusto, de la verdad con el interés propio; esa íntima convicción que va más allá de toda fe y doctrina; ese poner el interés en el éxito; esa exaltación del valor y del heroísmo con independencia de la causa a la que se sirve, equiparando así al sicario con el mártir, según la severa descripción de Silone. El fascismo fué, allá también —y por supuesto en primer término— la instalación del nihilismo en el poder, pues la restauración del autoritarismo, lejos de haber sido una solución, fué una consolidación del mal. La "naturaleza trágico-carnavalesca" del fascismo no fué reeducada y vencida con la caída del "du-

ce"; el morbo continuó produciendo sus efectos; subsistieron las mismas disposiciones que enloquecieron la vida en una acción sin sentido, autonegadora de sí, en perpetuo cambio, sin valoración de los móviles y de los fines. ¿Y acaso no ha pasado lo mismo en todos los países donde reinó una dictadura totalitaria con el concurso o el uso de las masas y que, a la caída del régimen, las muchedumbres conservaron hábitos, costumbres y modos de sentir y obrar desenvueltos antes y que ahora constituyen la dificultad esencial, pues nunca faltan quienes ensayan la trágica aventura de usar en la democracia los mismos recursos nihilistas del fascismo?

¡Cuántas sugestioses y enseñanzas contiene el libro de Silone!

Los socialistas deberán reflexionar acerca de algunas consideraciones del libro que se refieren a la doctrina y a la política del proletariado, como por ejemplo aquellas sobre los mitos derruídos, pero que, sin embargo, siguen gravitando en la militancia. No pocos mitos fueron arrasados por las guerras, las crisis económicas y el resurgimiento de la barbarie fascista; pero acaso ninguno tan concluyentemente como el mito del progreso indefinido, sin tropiezos, en continuo y persistente ascenso. No se trata de que la idea del progreso haya desaparecido para siempre, sino de un cambio radical en el concepto mismo del progreso, que había sido colocado en lo externo y en los medios. Restituída la base y medida humanista, entonces el progreso continuaría siendo una noción viva.

Pero subsisten otros mitos en las cabezas, no obstante la prueba de su negación aportada por los hechos. Cuando Marx edifica su fe en la fuerza redentora del proletariado, convirtiéndola en un axioma social antes que en una aspiración, se ve obligado a excluir al proletariado

en andrajos, el lumpemproletariado, masa siempre dispuesta para servir a la reacción constituída, a la que duramente califica en 18 Brumario describiéndola como un elemento de la sociedad bonapartista y diciendo de ella que la burguesía ha hecho llegar al poder a la canalla, el lumpemproletariado. A fin de creer en la fuerza redentora del proletariado, negada por el comportamiento de proletarios bajo el bonapartismo —el primer gran ensayo popular de reacción totalitaria— fué necesario clasificar y separar, lumpemproletariado de un lado y proletariado, puro y noble del otro. Con tal esquema, se condujeron los socialistas en la vida democrática. Y después del fascismo ¿qué decir? ¿Es posible recurrir a aquella clasificación y con ella calificar la participación del proletariado en el fascismo, o mejor será considerar que el mundo obrero no marcha necesariamente hacia la libertad y que la emancipación humana no es el resultado inevitable de la mecánica del progreso y del devenir. La libertad, entonces, instancia esencial, es fundamental punto de la reforma social; su presencia y reconocimiento da al movimiento obrero y al socialismo una dirección humana tan firme y clara, que le permite no sentir confusiones ante los totalitarismos que, aunque con programas sociales, son, sin embargo, la reacción tiránica de los tiempos modernos.

Las páginas de Silone nos enfrentan a los problemas más hondos de estos tiempos. Luchadores sociales y demócratas considerándolos en sus términos reales llegarán a la roca firme de toda conclusión social: no hay salvación social del hombre ni de la sociedad humana —recuérdense las tesis sobre Feuerbach— si por considerar la parte mecánica y económica, se olvida que el hombre es el agente y la medida de todo progreso; esto es, que no

hay progreso a pesar del pueblo, impuesto desde arriba y desde afuera, sino por el pueblo cuya conciencia histórica y política ilumina los caminos de su acción. Ha habido en los movimientos sociales del mundo la ilusión surrealista de alcanzar la emancipación humana liberándola de la libertad y de la razón, creyendo que la fuerza del inconsciente, reunida por la masa, sería suficiente para realizar de una vez por todas la transformación.

Venimos de grandes reacciones; con toda seguridad no hemos salido aún de ellas. Somos generaciones que hemos conocido la barbarie de los totalitarismos. Conocemos y padecemos los males intelectuales que dan la perversión de la dialéctica, las simplificaciones materialistas acerca del ser humano, el nihilismo, la negación de la razón, el voluntarismo y el activismo sin dirección, la separación en mundos apartes de medios y fines. La reedificación de las ideas políticas democráticas y socialistas es una tarea de largo aliento. Estos ensayos tan cálidos y conmovedores, y al mismo tiempo tan hondos y claros, en los que Silone expone y explica su propio caso, son enseñanzas para la educación política y social recomendables en horas de confusión, en las que la mezcla de las corrientes y de las ideologías no son comienzos, siquiera, de síntesis, pues se producen con exclusión de la verdad y de la libertad.

AMÉRICO GHIOLDI

I

AQUELLA tarde de Noviembre, acabadas de promulgar las "leyes de excepción", unos cuantos correligionarios pudimos salvarnos de la detención refugiándonos en una casita de campo sita en un suburbio de Milán, la cual había sido recientemente alquilada por un compañero que simulaba ser un pintor. En las barriadas populares, las calles estaban desiertas; las tabernas, cerradas, silenciosas, y las casas, en completa obscuridad. Todo ello, en aquella estación húmeda y fría, daba a la ciudad un aire tétrico. La fuerza pública practicaba vastas y repentinas incursiones en los barrios populares, en plan de guerra, rodeando y asediando los grandes bloques de edificios, cual si se tratara de reductos enemigos. El número de los detenidos era ya bastante elevado y crecía de día en día, conforme se descubrían nuevos nombres y nuevas direcciones, como resultado de las incursiones y de las declaraciones de los más débiles, forzados por las amenazas o por el temor a las torturas.

Algo semejante y en vasta escala sucedía en otras ciudades y provincias. Los periódicos que todavía podían publicarse (los de abierta oposición habían sido supri-

midos precisamente aquellos días) habían sido intimados para no dar cuenta de las detenciones e informar, en cambio, de los elogios que eminentes representantes de la democracia y el liberalismo de otros países, para escarnio y mortificación nuestra, habían tributado a la dictadura italiana. Pero los informes de los tres o cuatro correos del partido que recogían en las principales regiones la correspondencia de los hombres de confianza y la llevaban a las oficinas centrales clandestinas no dejaban ya ninguna duda respecto al deliberado propósito de la dictadura de exterminar toda traza de resistencia adversaria. Los comunistas eran los únicos que entonces disponían de una organización clandestina algo eficaz; pero, en varias provincias, las redadas policíacas habían destruído la red de nuestros camaradas. Y eran ya numerosos los compañeros que, huyendo de la detención, nos pedían un refugio duradero en una ciudad distinta de la suya y documentos falsos para poder viajar y preparar una nueva organización.

Quienes vivíamos con nombre falso, disimulando las actividades conspiradoras bajo apariencias inocentes y simples, nos encontrábamos entonces en condiciones realmente más ventajosas; pero tampoco demasiado seguras, porque la traición o la debilidad de cualquiera de los detenidos podía ofrecer a la policía indicaciones que la pusieran sobre nuestra pista. Así, aquella noche, yo mismo fuí imprevistamente advertido de que no debía volver a mi casa, ya que mi habitación estaba vigilada por la policía. Junto a otros que se encontraban en la misma situación, buscamos refugio provisional en la casita de campo del fingido pintor. Tras haber colocado de guardia a un hombre en las proximidades y puestos de acuerdo para el caso de alarma, nos resignamos a pasar la no-

che en sillas, ya que la casita estaba sumariamente amueblada y no disponía más que de una cama.

Con el simulado pintor y su mujer, estábamos un falso turista español, un falso dentista, un falso arquitecto y una muchacha alemana que aparentaba ser estudiante. Nos conocíamos ya desde hacía dos años; pero nuestras relaciones hasta aquel día habían sido exclusivamente de colaboración técnica por encargo de las respectivas oficinas de la organización conspiradora, por lo que todavía no habíamos tenido tiempo de estrechar amistad. Todo lo más que alguno de nosotros conocía de los demás era su lugar de origen y la situación familiar, y ello por la inevitable repercusión que tales datos tienen sobre la vida fuera de la ley. ¿Por qué, pues, el fortuito encuentro de aquella noche ha permanecido tan fijo en mi memoria?

Ocurrió que el "dentista", en cierto momento, dijo:

—He pasado esta tarde por la Scala. Una gran muchedumbre hacía cola para adquirir las entradas del próximo concierto. Me he detenido un poco a observarla y he tenido la neta impresión de un cortejo de locos.

—¿Por qué locos? —preguntó el "turista" español—. Para ti ¿la música es una locura?

—No, en circunstancias normales —admitió el "dentista"—. Pero, en los tiempos que corren, ¿cómo pueden distraerse con la música? Hay que ser verdaderamente maniáticos.

—La música no es únicamente y siempre una distracción —observó el "turista" español.

—Si esos musicómanos pudiesen vernos y saber los que somos y lo que hacemos —agregó el "pintor"— casi seguramente, a su vez, que nos tendrían por locos. No, de nin-

cos; quizás es una de las ciencias más difíciles.

El tono que iba adquiriendo la conservación no agradaba al "dentista".

—No se puede arriesgar la vida y la libertad, como lo hacemos nosotros —replicó severamente— y luego razonar como si se estuviera por encima de la contienda.

—Se puede uno lanzar a la lucha —respondió el "pintor"— se puede dar patadas y puñetazos al adversario; pero no necesariamente cabezazos. No; es mejor reservar la cabeza para otros usos.

—Nuestra lucha ¿no es también ideológica? —dijo el "turista" español—. ¿No está empeñada en ella tu cabeza?

—Mi cabeza está empeñada, ciertamente; pero no mis ojos —explicó el "pintor" sonriendo—. En otras palabras —agregó— quisiera poder continuar viendo las cosas con mis ojos.

—No comprendo —declaró el "dentista"—. El riesgo que corres permaneciendo con nosotros me parece bastante desproporcionado con tu escaso interés.

Se produjo entonces una pausa de silencio embarazoso. La conversación podía terminar mal. A través de la ventana, veíamos pasar por la calle tres camiones cargados de policías. La dueña de la casa cerró las ventanas y sirvió café.

—En nuestra época, todos los caminos conducen al comunismo —dijo el "turista" español para restablecer la armonía entre los compañeros—. No se puede ser comunista de la misma manera. Esa es la verdad.

—He comprometido mi vida por la revolución proletaria —rectificó el "pintor"—. Si no he comprometido mis ojos es únicamente por reservarme el derecho de ver lo que sucede en mi vida. Pero la vida está ahora compro-

metida. Del mismo modo, para explicarme mejor, diré que una querida compañera de escuela se ha hecho monja, jugándose su vida al paraíso. Sobre el paraíso celeste, quiero decir, para no confundirlo con el nuestro. Puedo asegurar que mantendré mi compromiso. ¿Por qué no habría de mantenerlo? Ninguno tiene derecho a dudar de mi honor.

—Pero la revolución proletaria —comentó duramente el "dentista"— no es un juego de azar.

—Sé muy bien —explicó el "pintor"— que la victoria en mi juego no depende del azar, sino de la habilidad y la fuerza del jugador y de todo lo demás que se lee en los manuales de nuestra escuela del partido. Y por ello participo no sólo como apostador sino también como jugador: como un jugador enteramente entregado a la lucha y que se ha comprometido a sí mismo. Enteramente, repito, salvo los ojos.

—No comprendo —declaró el "dentista".

—En suma, rehuso vendarme —concluyó el "pintor"—. Haré exactamente todo cuanto pretendan de mí; pero con los ojos abiertos.

—Bien —dijo, a su vez, el "turista" español— pero no comprendo si tu compromiso te interesa más que el resto. Excusa la pregunta; pero, en otras circunstancias, ¿habrías podido comprometerte por algo completamente distinto: qué soy yo, la guerra, la exploración del polo Sur, la asistencia a los leprosos, la trata de blancas, la fabricación de moneda falsa?

—¿Por qué no? —respondió el otro riendo—. Pero es también probable que, en cada una de las otras posibles profesiones mías, habría tratado de mantener abiertos los ojos y de comprender.

—Se nace comunista —declaró la muchacha alemana.

—Pero se hace uno hombre —comentó el "pintor".

—En definitiva —le preguntó el "dentista"— ¿puede saberse en qué circunstancias has terminado por inclinarte hacia el comunismo?

—¡Ah! sería una larga historia —responde el otro gravemente—. Y si he de ser sincero, creo que algunas cosas serían incomprensibles para vosotros.

—Cuéntanos tu larga e incomprensible historia —insistió la muchacha alemana—. Tomaremos café y velaremos para escucharte. No importa si no te comprendemos. Las historias más bellas son siempre incomprensibles.

—¿Y contaréis también vuestra historia? —demandó el "pintor" riendo, en tono de desafío.

—Conformes —aceptó el "dentista"—. Tomaremos café y velaremos.

—¡Reflexionad bien! —amonestó el "pintor"—. Quizá sea peligroso para ustedes volverse hacia atrás. Quizás es peligroso para cada uno, también para mí, mientras se está en la lucha, examinar el por qué y el cómo, contemplar el pasado. Hay un momento en que el juego está hecho y no va más: quien está en el baile tiene que bailar.

—¿Pero se puede separar la lucha de los motivos que nos han conducido a ella? —pregunta el "turista" español—. ¿Es peligroso analizar los motivos que nos han conducido al comunismo?

—La noche es larga —dijo la muchacha alemana—. Contemos nuestras incomprensibles historias. Tomaremos café y permaneceremos despiertos.

Así pasamos aquella noche, tratando de explicarnos recíprocamente cómo y por qué nos hicimos comunistas. Las explicaciones no agotaron la materia; pero a la mañana siguiente, todos éramos amigos.

—Es realmente cierto —nos dijimos al separarnos— que al comunismo se llega de todas partes.

Al año siguiente, el falso dentista fué detenido. Sometido a la tortura, no quiso denunciar a sus colaboradores y murió en la cárcel. El falso pintor continuó llenando sus deberes políticos hasta la caída del fascismo. Después de la segunda guerra, se ha retirado a la vida privada. De la muchacha alemana, no he vuelto a saber nada.

He meditado, a menudo, en los años siguientes, sobre las confidencias de aquel encuentro, porque la imperiosa necesidad de comprender, de darme cuenta, de confrontar el sentido de la acción en la que me encontraba empeñado con los motivos iniciales de mi adhesión, se apoderó completamente de mí y no me ha dejado ya ni tregua ni paz. Y si mi pobre obra literaria tiene algún sentido, en último análisis es este: que en un cierto momento, escribir ha significado para mí la absoluta necesidad de testimoniar, la indeclinable tarea de liberarme de una obsesión, de afirmar el sentido y los límites de una dolorosa pero definitiva ruptura y de una más sincera fidelidad.

Escribir no ha sido ni podía ser, para mí, salvo en algún raro momento de gracia, un sereno goce estético, sino la penosa y solitaria continuación de una lucha, después de haberme separado de mis compañeros más queridos. Y las dificultades e imperfecciones, con las que a veces tengo que luchar para expresarme, no provienen de la inobservancia de las reglas del buen escribir, sino de una conciencia que pena por cicatrizar algunas ocultas heridas, acaso incurables, y que todavía, obstinada-

mente exige la propia integridad. Porque, para ser veraz, no basta evidentemente ser sincero. No ha sido, pues, sin esfuerzo como, renunciando a las parábolas, me he dispuesto a este relato directo.

II

AL Congreso en que fué fundado el Partido Comunista Italiano (Livorno, 1921) yo llevé la adhesión de gran parte de la juventud socialista, de la que formaba parte desde 1917. La orientación de la juventud socialista italiana, desde el tiempo de la guerra, había sido decididamente adversa hacia la social democracia reformista, por lo que aquel acto no suscitó ninguna sorpresa.

Aquella noche de Noviembre milanés, queriendo explicar a mis amigos por qué, a la edad de 17 años, en plena guerra, cuando todavía era un estudiante de Liceo, me había adherido al socialismo zimmerwaldiano, hube de retroceder, de grado en grado, a la primera adolescencia y mencionar también algunos episodios de la infancia, a fin de encontrar el más remoto origen de la lenta formación de un juicio moral sobre el orden social existente que, más tarde, asumiendo forma y contenido político, necesariamente tenía que manifestarse extremista. No era jactancia. A los diez y ocho años y en tiempo de guerra, difícilmente se entra en un movimiento revolucionario perseguido por el gobierno, tan solo por motivos fútiles o de oportunidad. Pero, al diablo la psicología.

Pienso que el lector se interesa más por la parábola de una existencia.

He crecido en una comarca montañosa de Italia meridional y en una época en que el fenómeno que más me impresionó, apenas llegado al uso de la razón, fué un contraste incomprensible, casi absurdo, entre la vida privada y familiar, que era, o así aparecía, predominantemente morigerada y honesta, y las relaciones sociales, harto odiosas y falsas. Sobre la miseria y la desesperación de las provincias meridionales, se conocen —yo mismo lo he narrado— numerosos episodios aterradores; pero ahora no pretendo referirme a sucesos clamorosos, sino más bien a pequeños hechos de la vida cotidiana, monótonos, vulgares, obsesionantes, en los que se manifestaba aquel extraño y disimulado modo de ser de la gente entre la que crecía yo y la observación sobre la cual fué una de las angustias secretas de mi adolescencia. Y, de cuando en cuando, acaecían fechorías en las que el menosprecio se convertía en escándalo.

Era todavía un niño —tenía cinco años— cuando un domingo, mientras atravesaba la pequeña plaza de mi lugar nativo, llevado de la mano por mi madre, asistí al estúpido y cruel espectáculo de un señorito local que azuzó a su perrazo contra una pobre mujer, una costurera, que salía de la iglesia. La desgraciada fué arrojada a tierra, gravemente herida y sus ropas reducidas a girones. En la comarca, la indignación fué general, pero silenciosa. Nadie pudo comprender cómo la pobre mujer concibió la desdichada idea de promover una querella contra el innoble señorito; porque era previsible que, al daño, se agregaría el escarnio de la justicia. Ella fué, debo repetirlo, compadecida de todos y socorrida por muchos; pero no encontró un solo testigo dispuesto a declarar la ver-

dad ante el juez ni un abogado para sostener la acusación. Fueron, en cambio, puntuales el defensor del señorito —un abogado considerado como izquierdista— y algunos testigos comprados que, bajo falso juramento, dieron una versión completamente grotesca del suceso, pues inculparon a la mujer de haber provocado al perro. El juez, una persona dignísima y honestísima en la vida privada, absolvió al señorito y condenó a la pobre mujer al pago de las costas del juicio.

—Lo hice muy a mi pesar —así se disculpó el juez, unos días después, en nuestra casa—. Palabra de honor, créanme que me disgustó bastante. Pero si, como ciudadano privado, habiendo yo mismo presenciado el lamentable hecho, no podía dejar de reprobarlo, como juez debo atenerme a los resultados del juicio, y ellos desdichadamente, como lo saben ustedes, fueron favorables al perro. Un verdadero juez —a aquel honesto juez le gustaba sentenciar— debe saber hacer callar sus propios sentimientos egoístas y ser imparcial.

—Cierto, —comentaba mi madre— pero ¡qué horrible profesión! Mejor es preocuparse sólo de las cosas propias. Hijo mío —me decía— cuando seas mayor, dedícate a lo que te parezca, pero no seas juez.

De pequeños episodios ejemplares, parecidos a aquel juicio del perro rico y la sierva, conservo otros recuerdos dolorosos en mi memoria. Pero no quisiera con semejantes historias, insinuar que entre nosotros fueran ignorados o vilipendiados los sublimes conceptos de la verdad y la justicia: ¡ah! nada de eso. En la escuela, en la iglesia y en las manifestaciones públicas se hablaba de ello frecuentemente y con altísima elocuencia y ostentosa veneración. Pero en términos más bien abstractos. Para caracterizar mejor aquella extraña y verdaderamente cu-

riosa situación nuestra, y a fin de que no la confundan con otra, de civilización más atrasada, debo agregar que reposaba sobre un equívoco, del cual todos, hasta los niños, éramos conscientes; y aun se mantenía apoyada sobre algo distinto de la estupidez y la ignorancia de las gentes.

Recuerdo, a ese propósito, una viva discusión que surgió un día, en mi clase de catecismo ,entre los muchachos que se preparaban para la confirmación y el párroco. Fué su causa una representación de marionetas a la que nosotros, los muchachos, asistimos con el párroco el día anterior. El argumento, lo recuerdo muy bien, presentaba las dramáticas peripecias de un muchacho perseguido por el diablo. En cierto momento, el muchacho-marioneta apareció sobre el escenario temblando de pavor, y para esquivar la búsqueda del diablo, se escondió bajo una cama que ocupaba un rincón del escenario. Poco después llegó el diablo y se puso a buscarlo en vano.

—Sin embargo tiene que estar aquí —decía el diablo-marioneta— lo huelo. Preguntaré a estos buenos espectadores. —Y vuelto hacia nosotros, preguntó:

—Queridos niños míos, ¿habéis visto, quizás, esconderse en algún lugar al niño malo que yo busco?

—No, no, no —le respondimos inmediatamente, con la mayor energía.

—¿Dónde se encuentra, pues? ¿Por qué no lo veo? —insistía el diablo.

—Se ha marchado; se ha ido a Lisboa. (En nuestro lenguaje y nuestros proverbios, Lisboa era el punto más lejano del globo) .

Debo advertir que ninguno de nosotros, cuando fuimos al espectáculo, preveía que fuese a ser interpelado por un diablo-marioneta, por lo que nuestro comporta-

miento fué completamente instintivo y espontáneo. Y supongo que probablemente, en cualquier otro lugar del mundo, ante idéntico espectáculo, los niños habrían reaccionado de la misma manera. Mas nuestro cura, una dignísima y pía persona, con gran sorpresa nuestra, no quedó muy satisfecho. Nos lo explicó con disgusto en la pequeña capilla de Santa Cecilia, donde habitualmente nos daba la lección de catecismo. Aquel lugar, para nosotros, muchachos, era bastante estimado, porque la mártir romana aparecía reproducida sobre el altar en el bellísimo rostro de una muchacha rubia, absorta y melancólica, y con un objeto entre los brazos parecido de modo extraño al utensilio doméstico denominado "guitarra", que en nuestra casa servía para preparar los espaguetis al huevo. De tal modo atraía la imagen, que para sustraernos a su seducción, por lo menos durante la hora del catecismo, el cura se vió obligado a colocar los bancos de los muchachos de manera que tuviésemos que volver la espalda a Santa Cecilia.

—Vuestra conductà durante la representación de las marionetas me ha disgustado bastante.

En suma, habíamos dicho una mentira y él se manifestaba preocupado. La habíamos dicho con buen fin, ciertamente; pero sin embargo era siempre una mentira. Y no hay que decir mentiras.

—¿Ni siquiera al diablo? —le preguntamos sorprendidos.

—Una mentira es siempre un pecado —nos respondió el cura.

—¿También ante el juez? —preguntó uno de los muchachos.

El párroco nos reprendió severamente.

—Yo estoy aquí para enseñaros la doctrina cristiana y

no para escuchar chismes —nos dijo—. Lo que sucede fuera de la iglesia no me interesa.

Y volvió a explicar la doctrina sobre la verdad y sobre la mentira, en general, con bellas y difíciles palabras. A nosotros, muchachos, no nos interesaba aquel día la cuestión de la mentira en general; nosotros queríamos saber: ¿debemos revelar al diablo el escondite del niño, sí o no?

—No se trata de eso —nos repetía el pobre cura, ya sobre ascuas—. La mentira es siempre pecado. Puede ser un pecado grande, uno regular, uno así así o uno pequeño; pero siempre un pecado. Hay que honrar a la verdad.

—La verdad es —decíamos nosotros— que, de una parte, era el diablo y, de la otra, era aquel niño. Nosotros queríamos ayudar al niño, esa es la verdad.

—Pero dijisteis una mentira —repetía—. Con buena intención, lo reconozco; pero una mentira.

Para acabar de una vez, yo le formulé una objeción de una perfidia inaudita y, habida cuenta de mi edad, más bien precoz.

—Si en vez de un muchacho cualquiera, se hubiese tratado de un cura —le pregunté ¿qué es lo que debíamos responder al diablo?

El párroco enrojeció y evitó una respuesta. Me impuso como castigo por mi impertinencia, que permaneciese de rodillas, junto a él, por todo el resto de la lección.

—¿Estás arrepentido? —me preguntó al término de la lección.

—Desde luego —le respondí—. Si el diablo me pregunta la dirección de Vd., se la daré sin más.

Sin duda, era excepcional y fortuito que se discutiera en esos términos durante una clase de catecismo; pero, en el ambiente familiar, y en general en privado, entre adul-

tos, la ausencia de prejuicios era bastante frecuente. La viveza de la inteligencia no sacudía, sin embargo, el estancamiento humillante y primitivo de la vida social.

III

Desde hacía algún tiempo, la llamada democracia había introducido, en las relaciones entre el Estado y los ciudadanos, un detalle técnico —el voto secreto— que no siendo suficiente por sí solo para modificar sustancialmente las cosas, permitía de cuando en cuando resultados sorprendentes y, para el orden público, escandalosos. Eran episodios sin consecuencias, y sin embargo inquietantes.

Tenía yo siete años cuando se desarrolló en mi comarca la primera campaña electoral política de la que conservo memoria. En aquella época, para nosotros no existían los partidos políticos; y por ello, el anuncio de los comicios fué acogido con escaso interés. Pero la emoción popular fué grande cuando se supo que entre los candidatos estaba nada menos que el Príncipe. No hay necesidad de agregar nombre y apellidos para saber de qué príncipe se trataba [1]. Era el propietario del gran feudo constituído con usurpaciones de las tierras rescatadas desecando, en el siglo pasado, el lago de Fucino. Cerca de ocho mil familias; o sea la mayoría de la población local, cultivaban las catorce mil hectáreas del feudo. A e

1 Se trataba del príncipe de Torlonia.

tas familias "suyas", el Príncipe se dignaba solicitar el voto para convertirse en su diputado ante el Parlamento. Los agentes del feudo que difundieron la noticia la acompañaron de un discursejo en armonía con los nuevos tiempos, de tono perfectamente liberal: "Naturalmente, decían, ninguno estará obligado a votar por el Príncipe, eso se comprende; del mismo modo, ninguno podrá obligar al Príncipe a que deje trabajar su tierra a quienes voten contra él. Esta es la época de la verdadera libertad para todos; libres vosotros, libre el Príncipe.

La enunciación de semejante concepto de la libertad produjo entre los campesinos una explicable consternación. Porque, como es fácil imaginar, el Príncipe era la persona más odiada en nuestra región. Por más que permanecía en el invisible Olimpo de las grandes feudales –ninguno de los ocho mil arrendatarios lo había visto, hasta entonces, ni siquiera de lejos– el odio contra él estaba públicamente admitido. Era algo semejante a las maldiciones contra las divinidades adversas; las maldiciones no sirven para nada; pero prestan algún consuelo. Mas he ahí que las nubes se abrían y el Príncipe estaba a punto de bajar al alcance del hombre. Era necesario, por ello, de ahora en adelante, reservar la expresión de odio contra él al recinto de la vida privada y prepararse para acogerlo en las calles del país con los debidos honores.

Mi padre era uno de los pocos que parecían reacios a esa lógica. Él era el más joven de un grupo de hermanos, todos propietarios rurales; el más joven, el más inquieto y el único inclinado a la insubordinación. Una noche le visitaron sus hermanos para recomendarle prudencia y astucia, en el interés de todos. Para mí, del que nadie se cuidaba, porque los mayores creen que los muchachos

no comprenden ciertas cosas, aquélla fué una noche bastante instructiva. Tras haber servido de beber, las mujeres se retiraron a la habitación próxima. Yo permanecí agazapado en un rincón de la gran chimenea en torno a la cual se colocaron en semicírculo. Eran hombres altos y fuertes, casi solemnes, barbados los de más edad, rodillas, espaldas y manos poderosas. Sin preocuparse por la edad ni tener consideración a la desahogada situación familiar, ellos continuaban realizando personalmente trabajos bastante duros, conduciendo los carros, guiando los arados, dirigiendo la trilla. El trabajo del campo parecía una necesidad física para ellos. Eran hombres de iglesia; pero no de sacristía; hombres de orden, no de antecámara; criados en el orgullo del coraje frente a cualquier peligro, frente a una bestia enfurecida, a un aluvión, a un incendio. Sin embargo, aquella noche parecían harto preocupados.

–La candidatura del Príncipe es una auténtica farsa –admitía el hermano mayor–. Las candidaturas políticas deberían reservarse a los abogados y demás enredadores. Pero en vista de que el Príncipe es candidato, no nos queda más remedio que apoyarlo.

–Si la candidatura del Príncipe es una farsa –respondía mi padre– no comprendo por qué debemos sostenerla.

–Porque, como sabes, nosotros dependemos de él –le respondieron.

–No en política –decía mi padre–. En política somos libres.

–Nosotros no cultivamos la política, sino la tierra –le replicaban–. Como cultivadores de tierra, dependemos del Príncipe.

–En el contrato de la tierra –insistía mi padre– no se

habla de elecciones, sino de patatas, de remolacha. Como electores, somos libres.

—También la administración del Príncipe será después libre de no renovarnos el contrato —le respondían—. He ahí por qué estamos obligados a pronunciarnos en su favor.

—No puedo votar el nombre de nadie solamente porque me obliguen —decía mi padre—. Me avergonzaría.

—Nadie sabrá cómo has votado —le replicaban—. En el secreto de la cabina electoral, vota como te parezca, libremente; pero durante la campaña electoral, todos juntos debemos declararnos por el Príncipe.

—Lo haría con gusto —insistía mi padre—. Mas creedme que me avergonzaría demasiado.

Para terminar, mis tíos y mi padre llegaron a este acuerdo: no se declararían ni en favor ni en contra del Príncipe.

La campaña electoral del Príncipe fué cuidadosamente preparada por la autoridad civil, por la policía, los carabineros y la administración del feudo. Finalmente, un domingo, el Príncipe se dignó pasar, sin detenerse ni pronunciar discursos, por las principales comunas del distrito. Aquel viaje quedó muy fijo en nuestra memoria, porque lo realizó en automóvil, y era la primera vez que el nuevo vehículo aparecía en nuestra comarca. La misma palabra "automóvil" no había entrado todavía en nuestro lenguaje corriente: en su lugar, los campesinos decían el "coche sin caballos". Extrañas leyendas corrían sobre la invisible fuerza motriz que sustituía a los caballos, sobre la diabólica velocidad del nuevo vehículo y sobre los efectos ruinosos que, especialmente para las viñas, causaba el tufo que dejaba tras él. Aquel domingo, toda la población de mi comarca salió al encuentro del

Príncipe a lo largo de la carretera por la que se había anunciado que llegaría. Eran numerosos los signos visibles de la admiración y del afecto colectivo por el Príncipe. Arcos de triunfo fueron erigidos, y la multitud parecía vestida de fiesta, en un estado de excitación bien comprensible. El "coche sin caballos" llegó con retraso, y rugiendo pasó a través de la multitud, sin detenerse ni disminuir la marcha, dejando tras él una espesa polvareda blanca.

Los agentes del Príncipe explicaron, después, a quien quería escucharles, que el "coche sin caballos" corre con "vapor de bencina" y no puede detenerse sino cuando la bencina se ha terminado.

—No es como con los caballos —decían—. Con los caballos basta tirar de las riendas. El automóvil no tiene riendas. ¿Acaso le habéis visto riendas?

Dos días después, llegó a la plaza un curioso viejecillo de Roma. Llevaba gafas, un bastón negro y una valijita. Nadie lo conocía. Dijo que era médico oculista y que, a nombre del Partido del Pueblo, había presentado su candidatura contra la del Príncipe. Le rodearon pocos curiosos, en su mayoría críos y mujeres sin voto. Entre los muchachos estaba yo, con mis calzones cortos y mis cuadernos escolares bajo el brazo.

Pedimos al viejecito que nos pronunciara un discurso. Pero él no era orador, y por ello se limitó a decirnos:

—Recordad a vuestros padres que el voto es secreto. Nada más.

Luego agregó:

—Soy pobre. Vivo de mi trabajo de médico; pero si alguien tiene los ojos malos, con mucho gusto le curaré gratis.

Le llevamos una vieja vendedora de fruta que hacía

muchos años tenía los ojos enfermos y se los lavó, le entregó un frasquito con unas gotas y le explicó cómo se usaban. Después se dirigió otra vez a los presentes —éramos tan sólo un grupo de muchachos— y nos dijo:

—Recordad a vuestros padres que el voto es secreto.

Y se marchó.

Pero la elección del Príncipe era tan segura, a juzgar por las multitudes festivas que le habían saludado en su rapidísimo viaje electoral, que la autoridad y la administración del feudo anunciaron por anticipado todo un programa para celebrar la infaltable victoria. Mi padre, conforme al acuerdo adoptado con sus hermanos, se abstuvo de tomar partido a favor de ninguno de los dos candidatos. Estuvo insólitamente taciturno; pero consiguió que lo incluyeran entre los escrutadores de los resultados.

Grande fué la sorpresa de todos cuando se hizo público que, en el secreto de la cabina electoral, la enorme mayoría de los electores había votado por el desconocido médico oculista. El escándalo fué grande. Las autoridades lo calificaron, sin rodeos, de una franca traición. Y, lo que era peor, tenía tales proporciones, que privaba a la administración del feudo de toda posibilidad de represalias contra los campesinos. A modo de compensación, el Príncipe fué nombrado senador del rey.

Después de todo eso, la vida social de la comarca volvió a su normalidad. Nadie se preguntaba: ¿por qué la libre voluntad de los ciudadanos no puede manifestarse sino en expresiones esporádicas? ¿por qué no podría organizarse sobre ella, de manera estable y permanente, la vida pública? Ninguno llegaba a tanto. Y de ningún modo sería exacto creer, con una falsa interpretación del episodio que he recordado, que el mayor obstáculo fuese el miedo. Cualquiera que conozca a nuestra gente sabe

que no es vil, débil ni blanda. La rigidez del clima, la dureza del trabajo, la aspereza de las condiciones de lucha por la vida, la han convertido en una de las poblaciones italianas más duras y resistentes. El enigma no podía ser explicado, pues, por el miedo, sino por cualquier otra cosa. Nuestra crónica comunal recuerda, en efecto, más que sorprendentes resultados electorales obtenidos en el secreto de las urnas, un cierto número de revueltas, breves y localizadas, pero violentas, destructoras, salvajes. Las almas humilladas y ofendidas son capaces de sufrir sin lamentarse los peores abusos, hasta que explotan en ocasiones imprevistas.

Basta decir que mi pueblo natal, en la época a que estoy refiriéndome, contaba cerca de cincuenta mil habitantes y el orden público era guardado por una veintena de carabineros a las órdenes de un teniente.

IV

Un número tan elevado de gendarmes era por sí revelador. Entre los soldados y los carabineros, durante la primera guerra mundial, no mediaba una excesiva simpatía. Los carabineros estaban encargados del servicio de retaguardia y en ella se ocupaban demasiado asiduamente, según se decía, de las mujeres y las novias de los lejanos militares. En los pequeños lugares, tales habladurías llevaban casi siempre alusiones e indicaciones personales bastante precisas. Así, ocurrió una noche que tres soldados vueltos del frente con una breve licencia tuvieron un altercado, por causa de los celos, con unos carabineros y como consecuencia estuvieron varios meses arrestados. El procedimiento, ridículo y poco caballeroso, se volvió monstruoso con la decisión del comandante de carabineros de suspender la licencia de los tres soldados y devolverlos, sin más, al frente.

Siendo yo amigo particular de uno de ellos —más adelante muerto en la guerra— su madre vino a verme llorando a darme cuenta de la injusticia de que iba a ser víctima. El alcalde, el juez y el párroco, a quienes solicité que interviniesen, se declararon incompetentes.

—Si es así —declaré yo— no nos queda más que la *revolución.*

Aquí nos hemos servido siempre de ese fatal término histórico, en nuestro dialecto, para designar también una simple demostración violenta. En aquel período de guerra, por ejemplo, había habido ya dos "revoluciones" en mi comuna: la primera, contra el municipio, por el racionamiento del pan; la segunda, contra la iglesia, por el traslado a otra comuna de la sede episcopal. La tercera demostración violenta, que ahora estoy narrando, pasó más adelante a las crónicas como la "revolución de los tres soldados". Como los tres soldados tenían que ser escoltados para el tren de las diez y siete horas, la "revolución" fué fijada para media hora antes, frente al cuartel. Desgraciadamente iba a tener un desarrollo más grave del que fué nuestra primera intención. Comenzó como una broma, ya que para desencadenarla bastaban pocos muchachos. En el momento oportuno, uno subió al campanario y comenzó a sonar la campana grande, como es costumbre, entre nosotros, en casos de incendio grave o cualquier otro peligro público; y aparte de los que, para explicar de qué se trataba, se encaminaron hacia el cuartel, otros fuimos al encuentro de los campesinos que, alarmados por las campanadas, corrían hacia el poblado.

En pocos minutos, una muchedumbre amenazadora y tumultuosa se congregó frente al cuartel de los carabineros. De la gritería se pasó muy pronto a las pedradas, y de las piedras a los tiros de escopeta. El asedio del cuartel duró hasta tarde. El furor había vuelto irreconocibles a mis paisanos. Para terminar, puertas y ventanas fueron hundidas. Los carabineros, protegidos por la oscuridad, se salvaron mediante la fuga a través de huertas y cam-

pos. Y los tres soldados, en los cuales ya nadie pensaba, se volvieron inadvertidos a sus respectivas casas.

Así, durante la noche entera, los muchachos permanecimos dueños absolutos del lugar. Fué una noche memorable. Nos reunimos sobre la cima de ua colina que dominaba al cuartel. Era una colina árida, pedregosa, con grandes hoyos y matas de cardos, aliagas y rosas silvestres. La noche era clara y solemne. Se levantó una brisa que traía de la montaña olores de hierbas selváticas. Al descubrirse que uno de los "nuestros" había sido herido en el brazo por un tiro de fusil, nosotros, en vez de pensar inmediatamente en el médico, lo mirábamos con envidia.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntábamos .

Él sonreía lisonjeado y no respondía, como si fuese un secreto. Al pie de la colina, entre tanto, toda agitación parecía calmada. Las calles estaban desiertas; pero dos o tres madres, de cuando en cuando, se asomaban a la ventana de casa y llamaban a sus hijos que todavía no habían vuelto; los llamaban con gritos prolongados, para que su voz llegase hasta la colina; los llamaban, les invocaban, les suplicaban con diminutivos afectuosos de uso familiar.

—Las madres son verdaderamente absurdas —se excusó ante nosotros uno de los llamados.

—Eso las hace ridículas —agregó otro.

A mí, la brisa de la montaña me estaba haciendo otro efecto, al suscitarme una visión menos romántica de la situación, y los demás se dieron cuenta de mi inquietud.

—Ahora ¿qué hacemos? —querían saber de mí los otros muchachos. (Mi autoridad, más que de otra cosa, venía de haber estudiado el latín) .

—Mañana por la mañana —dije— la comarca será ocupada por centenares y centenares de armados, carabine-

ros y policías, que vendrán de Avezzano, de Sulmona, de Aquila, quizá también de Roma.

—Pero antes de que lleguen, esta noche ¿qué hacemos? —era lo que los demás muchachos querían saber de mí.

—Una sola noche, evidentemente no basta —dije creyendo adivinar su deseo— para crear un verdadero orden nuevo.

—¿No se podría aprovechar el hecho de que todo el país duerme para implantar el socialismo? —era otra de las cosas que querían saber de mí. Ellos habían oído esa palabra hacía poco, sin comprender su significado, y quizá pensaban que todo era ya posible.

—No creo —tuve que responder— verdaderamente no creo, aunque todo el país duerma, que pueda bastar una sola noche para implantar el socialismo. (En disculpa mía, debo decir que la teoría del socialismo en una sola noche y en un solo lugar no había sido elaborada todavía).

—Una sola noche podría bastar para dormir en la propia cama en lugar de ir a la cárcel —sugirió, por fin, uno de los presentes.

Y como estábamos cansados, aquel consejo lo encontramos todos muy oportuno y juicioso.

Parecidos episodios de violencia, con la inevitable consecuencia de detenciones en masa, procesos, exorbitantes gastos judiciales, condenas penales, arraigaban en el ánimo de los campesinos la desconfianza y la resignación. El Estado reconquistaba su carácter de irremediable creación del diablo. Un buen cristiano, si quiere salvar el alma, evita, en todo lo posible, el contacto con eso. El Estado es siempre rapiña, pandillaje, privilegio, y no puede ser otra cosa. Ni la ley ni la fuerza pueden cambiarlo. Si, algunas veces, el castigo lo alcanza, es por disposición de Dios.

V

En 1915, un violentísimo terremoto destruyó buena parte de nuestra provincia y en treinta segundos mató a cerca de cincuenta mil personas. Mi sorpresa fué grande al observar con cuánta naturalidad aceptaron mis paisanos la tremenda catástrofe. Las complicadas explicaciones de los geólogos, divulgadas por los diarios, suscitaban su desprecio. En una comarca como la nuestra, en la que tanta injusticia permanecía impune, la frecuencia de los terremotos parecía un hecho tan plausible, que no requería ulteriores explicaciones. Lo extraño era que los terremotos no sucedieran con mayor frecuencia. En el terremoto morían, efectivamente, ricos y pobres, instruídos y analfabetos, autoridades y súbditos. El terremoto realizaba lo que la ley y las palabras prometían y no mantenían en los hechos: la igualdad de todos. Igualdad efímera. Pasado el miedo, la desgracia colectiva se transformaba en motivo del mayor pandillaje.

No hay que sorprenderse, pues, si lo que venía después del terremoto; o sea, la reconstrucción de la ciudad por obra principal del Estado, a causa del modo como se efectuaba, por medio de intrigas, fraudes, robos, chanchu-

llos, estafas, malversaciones e infamias de toda especie aparecía a la pobre gente cual una calamidad bastante peor todavía que el cataclismo de la naturaleza. A aquel tiempo se remonta el origen de nuestra común convicción de que si la humanidad tiene que entregar la piel alguna vez, no será en una guerra o en un terremoto, sino en una posguerra o en un posterremoto.

Permítaseme referir una experiencia personal. Un conocido mío, despedido de una de aquellas oficinas públicas encargadas de la reconstrucción, me reveló un cierto número de datos precisos que constituían otros tantos delitos de los ingenieros dirigentes de las oficinas. De ninguna manera sorprendido —ya no era yo un niño— y sin embargo bastante impresionado, me apresuré a hablar de ello con algunas personas probas y honestas, para que denunciaran a los transgresores. Aquellos hombres de bien por mí consultados no ponían en duda la autenticidad de lo denunciado, sino que ellos mismos estaban en condiciones de confirmarlo; pero me aconsejaron que no me metiera en aquellas cosas, y afectuosamente agregaron:

—Termina tus estudios; créate una posición, y no te metas en lo que no te importa.

—Con mucho gusto —respondía yo—. Es, en efecto, preferible que la denuncia no proceda de un muchacho de diez y siete años, sino de personas adultas y autorizadas.

—No estamos una pizca de locos —me contestaban indignados aquellos buenos hombres—. Estamos para ocuparnos en nuestras propias cosas, y nada más.

Hablé de ello con algunos reverendos sacerdotes y también con algunos parientes más animosos. Todos me demostraron estar más o menos al corriente de tales chanchullos y todos me aconsejaron que no me metiese en

aquel avispero; que pensara en los estudios, en la carrera, en el porvenir.

–Con mucho gusto –respondía yo– pero ¿alguno de ustedes está dispuesto a denunciar a los ladrones?

–No tenemos nada de locos –me contestaban escandalizados–. Son asuntos que no nos incumben.

Comencé entonces a reflexionar seriamente sobre la oportunidad de promover, con algunos muchachos, una nueva "revolución" que concluyese en un hermoso incendio de las oficinas; pero el mismo que me había suministrado la información sobre las fechorías de los ingenieros me disuadió de hacerlo, a fin de no destruir la prueba misma de los delitos. Tenía él más años y más experiencia que yo, y me sugirió la idea de que formulara una denuncia en algún diario. Pero ¿en qué diario?

–Aquí no hay más que un solo diario –me dijo– que pueda tener interés en acoger semejante denuncia, y es el periódico de los socialistas.

La cosa es que yo escribí tres artículos –los tres primeros artículos de mi vida– con el objeto de exponer y documentar minuciosamente los sucios negocios de los ingenieros oficiales en mi comarca, y los envié al "Avanti".

Los dos primeros artículos fueron inmediatamente publicados y promovieron mucho ruido entre los lectores y también alguna en las autoridades. El tercero no apareció, como lo supe más tarde, a causa de haber intervenido cerca de la redacción un significado abogado socialista. De esa manera aprendí que el sistema de engaño y de fraude que nos oprimía era más vasto de lo que parecía y tenía invisibles ramificaciones también entre los notables del socialismo.

La denuncia parcial, surgida de sorpresa, contenía sin embargo materia para varios procesos o cuando menos

para una investigación oficial. Nada sucedió, no obstante. Por parte de los ingenieros, denunciados por mí como ladrones y acusados de concretos hechos delictivos, ninguno hizo la menor tentativa para rectificarlos ni desmentirlos. Pasó algún tiempo y cada uno se dedicó a lo suyo.

El estudiante que había osado lanzar el desafío fué considerado, por los más benévolos, como un muchacho impulsivo y de poco juicio. Debe tenerse en cuenta que la pobreza económica de las provincias meridionales ofrece escasas posibilidades de desarrollo a los muchachos que, a millares, salen cada año de las escuelas. Nuestra única gran industria era y sigue siendo el empleo oficial. Ello no requiere excepcionales condiciones de inteligencia, sino docilidad de carácter y conformismo político. Los jóvenes meridionales, crecidos en semejante ambiente, si poseen un mínimo de orgullo y alguna sensibilidad humana, tienden naturalmente hacia la anarquía y la rebelión. El acceso al empleo público significa, pues, para ellos, todavía en el umbral de la juventud, una renuncia, una capitulación y la mortificación del alma. De ahí que se acostumbre a decir y que sea el verdadero fundamento de la sociedad meridional: anarquistas a los veinte años, conservadores a los treinta.

La educación que se recibe en las escuelas, sean públicas o privadas, no está concebida, por otra parte, para robustecer el carácter. De mi adolescencia a la actualidad, la situación ha cambiado, en parte; pero no ha mejorado. Una buena parte de las clases de segunda enseñanza las seguí en instituciones privadas católicas. La instrucción humanística que se daba era discreta; la educación de las costumbres privadas e íntimas, ingenua y limpia; pero la educación civil, francamente pésima, en parte a causa

del conflicto todavía abierto entre el Estado y la Iglesia. Así, por ejemplo, la enseñanza de la historia era entonces explícitamente crítica hacia el conformismo oficial; la mitología del *Risorgimento*, con sus héroes, Mazzini, Garibaldi, Víctor Manuel II, Cavour, eran objeto de escarnio y denigraciones; la literatura entonces en boga, Carducci, Verga, D'Annunzio, despreciada. En cierto modo, desarrollando el espíritu crítico de los alumnos, aquella enseñanza tenía también algunas ventajas. Pero los mismos profesores clericales, como debían prepararse para los exámenes de las escuelas públicas y de nuestros resultados dependían la fama y la prosperidad de sus instituciones, nos enseñaban también e incluso nos recomendaban para los exámenes las tesis contrarias a su propio convencimiento. Por otra parte, los examinadores de las escuelas del Estado, conociendo nuestra procedencia de las escuelas confesionales, se complacían en interrogarnos sobre los temas más polémicos y después, con bastante ironía, nos felicitaban por la liberal enseñanza, libre de prejuicios, que habíamos recibido. La falsedad, la hipocresía, la doblez del expediente eran demasiado descaradas, para no provocar alguna turbación en quien alimentase un mínimo de amor a la cultura. Pero era también inevitable que el término medio de aquellos desdichados terminaran por figurarse que el diploma y el empleo público eran la realidad suprema de su vida.

—Quienes nacen en esta comarca son verdaderamente desgraciados —me repetía el doctor F. J., un médico de una aldea vecina—. Aquí no hay término medio: o rebelarse o ser cómplice.

Él se rebeló. Se declaró anarquista. Pronunció discursos tolstoianos a la pobre gente. Se convirtió en el escándalo de todo el país. Odiado por los ricos, escarnecido por

los pobres, compadecido en secreto por unos pocos, le quitaron el puesto de médico municipal y murió literalmente de hambre. Su destino servía de ejemplo en las buenas familias. "Si no te vuelves juicioso, decían las madres a los hijos, acabarás como aquel loco".

VI

Me doy cuenta de que la trayectoria de mi vida que he reconstituído es demasiado rectilínea para que no aparezca un tanto forzada. Y si ahora advierto ese reparo, no es para refutarlo y sostener la absoluta exactitud de mis explicaciones. Puedo, sin embargo, asegurar la sinceridad de ellas, aunque no su objetividad. Yo mismo, al evocar con mis coetáneos de aquella época de nuestra vida, todas las sucesivas calamidades, ahora tan remotas que parecen prehistóricas, quedo de cuando en cuando asombrado de que ellos no conserven ningún recuerdo o lo sean asaz pálidos de los episodios que ejercieron una influencia decisiva sobre mí; y, viceversa, conservan memoria lúcida de otras circunstancias para mí fútiles e insignificantes. ¿Son ellos, mis coetáneos, todos cómplices inconscientes? Ciertamente no. ¿Y por qué destino o virtud, a cierta edad, se cumple la grave elección, se convierte uno en "rebelde"? ¿Escogemos o somos escogidos? ¿Y de dónde viene a algunos esa irresistible intolerancia a la resignación, esa intolerancia a la injusticia, aunque golpee a otros? ¿Y ese repentino remordimiento de sentarse a una mesa bien servida mientras los vecinos no tienen con qué satisfacer

su hambre? ¿Y ese orgullo que hace preferibles la miseria, la cárcel, el destierro, al desprecio?

Quizá nadie lo sabe. Hasta la confesión más profunda se convierte, en cierto momento, en una simple descripción y no en una respuesta. Cualquiera que reflexione seriamente sobre sí mismo y sobre los demás sabe cuán secretas son ciertas deliberaciones y cuán misteriosas e incontrolables ciertas vocaciones. Había en mi rebelión un punto en el que coincidían el odio y el amor: era que los hechos que promovían indignación, como motivos morales que la exigían, procedían de la comarca nativa. Así me explico también por qué todo lo que he escrito hasta ahora y probablemente todo lo que todavía escribiré, aunque también haya viajado y visto mucho en el extranjero, se refiera únicamente, invariablemente, a aquella parte que con una mirada se podía abrazar desde la casa en que nací y que no medía más de treinta o cuarenta kilómetros en un sentido y en otro.

Es una comarca, como el resto de los Abruzzos, pobre de historia civil y de formación casi enteramente cristiana y medieval. No hay otros monumentos dignos de nota que iglesias y conventos. Durante muchos siglos, no ha habido otros hijos ilustres que santos y canteros. La condición de la existencia humana ha sido siempre, en ella, particularmente penosa. El dolor ha sido siempre considerado cual la primera de las fatalidades naturales, y la cruz, en tal sentido, ha sido acogida y honrada. A los espíritus más despiertos, las formas más accesibles de rebelión frente al destino han sido siempre, en nuestra tierra, el franciscanismo y la anarquía. En los más sufrientes, bajo la ceniza del escepticismo, no se ha extinguido nunca la esperanza en el Reino, la confianza en que la ca-

ridad sustituirá a la ley, el antiguo sueño de Joaquín de Fiore, de los espirituales, de los celestinos.

Eso es un hecho de importancia enorme, fundamental, sobre el cual nadie ha reflexionado todavía bastante. En un país árido, cansado, agotado, eso es una riqueza auténtica, una milagrosa reserva. Los políticos lo ignoran; los clérigos lo temen, y quizá sólo los santos podrían meterle mano. En cambio, bastante más ardua, si no inaccesible, ha sido siempre para nosotros la percepción de los caminos y los medios para revolución política, "hic et nunc"[1], creadora de la sociedad libre y ordenada.

A ese descubrimiento creí yo haber llegado después de mi traslado a la ciudad, al primer contacto con el movimiento obrero. Fué una especie de fuga, de "salida de emergencia" de una soledad insoportable, un ¡tierra! ¡tierra!, el descubrimiento de un nuevo continente. Pero la conciliación de un estado espiritual de sublevación moral contra una vieja realidad social inaceptable con la exigencia "científica" de una doctrina política, detalladamente codificada, no fué fácil. Porque, quizá tampoco hay necesidad de decirlo, la adhesión al partido de la revolución proletaria no debe confundirse con la simple inscripción en cualquier partido político. Para mí, como para muchos otros, fué una conversión, una entrega completa.

Eran todavía los tiempos en que declararse socialista o comunista equivalía a echarlo todo a rodar, romper con los parientes y los amigos, no encontrar empleo. Las consecuencias materiales fueron, pues, ásperas y deletéreas. Las dificultades de la adaptación espiritual, no menos dolorosas. El propio mundo interno, el "medioevo" here-

1 Aquí y ahora o inmediatamente.

vaba el mismo impulso inicial de la revuelta, fué sacudido en sus fundamentos como por un terremoto. En lo íntimo de la conciencia, todo fué objeto de discusión, todo se convirtió en un problema. La pequeña lámpara encendida ante el tabernáculo de las intuiciones más queridas fué apagada por un gélido viento. La vida, la muerte, el amor, el bien, el mal, la verdad, cambiaron de sentido y lo perdieron enteramente. Todavía parecía fácil desafiar a los peligros, no estando ya solo. Pero ¿quién podrá dar cuenta del espanto interior que, para un muchacho provinciano, mal alimentado, alojado en un sórdido cuartucho de la ciudad, significaba la definitiva renuncia a la inmortalidad del alma?

Era demasiado grave para poder discurrir con cualquiera. Los compañeros del partido habrían encontrado motivo de risa, y yo no tenía otros amigos. Así, sin que lo supiera nadie, el mundo cambió de aspecto.

VII

Las condiciones de vida impuestas por la conquista fascista del Estado fueron bastante duras para los comunistas; pero constituyeron también la piedra de toque para algunas de sus tesis políticas y la ocasión de realizar un tipo de organización asaz adaptada a su particular mentalidad. Así, también yo, durante algunos años, me adapté a vivir cual un extranjero en mi patria.

Fué necesario cambiar de nombre, abandonar todas las anteriores relaciones de familia y habituales costumbres, fijar la residencia en provincias nunca frecuentadas antes y llevar una vida de simulación que alejase toda sospecha de actividades conspiradoras. El partido se convirtió en familia, escuela, iglesia y cuartel. Fuera de ello, el resto del mundo tenía que ser enteramente destruído. El mecanismo psicológico de la progresiva identificación de cada militante comunista con el organismo colectivo estaba ya a la vista. Era el mismo que proporciona resultados casi idénticos en algunas órdenes religiosas y en ciertas escuelas militares. Cada sacrificio era bien aceptado, como una obligada contribución personal al "precio de la redención colectiva". Y estaba bien claro que los

lazos que nos ligaban al partido eran cada vez más sólidos, no a pesar de los peligros y los sacrificios que comportaban, sino gracias a ellos. Ello explica también la atracción del comunismo sobre algunas categorías de jóvenes y mujeres, sobre los intelectuales, sobre las personas más sensibles y más inclinadas a la generosidad y que sufren más por la disipación de la sociedad burguesa. Quienes imaginen que pueden arrancar del comunismo a los mejores y más serios de los jóvenes, atrayéndolos a jugar al billar en locales con buena calefacción, parten de una idea harto limitada y un tanto desdeñosa del hombre.

No deben asombrarse, por lo tanto, si las primeras crisis políticas que afectaron a la Internacional Comunista me dejaron más bien indiferente. Su origen estaba en el hecho de que los principales partidos adheridos a la nueva Inetrnacional, también después de haber aceptado las famosas veintiún condiciones dictadas por Lenin para su admisión, no eran nada homogéneos. Tenían de común la aversión a la guerra imperialista y a sus resultados, así como a las concepciones reformistas de la Segunda Internacional ; pero, por lo demás, bien o mal, reflejaban el desigual grado de desarrollo de cada nación. Notables eran, por eso, las divergencias entre el bolchevismo ruso, formado en un ambiente sin libertad política y de vida social escasamente diferenciada, y los grupos de la izquierda socialista de los países occidentales. La historia de la Internacional Comunista fué, por ello, una historia de escisiones, de intrigas y de prepotencia del grupo dirigente ruso contra toda manifestación de independencia por parte de los otros partidos afiliados. Unos tras otros, fueron obligados a romper con la Internacional Comunista la corriente más ligada a las tradi-

ciones parlamentarias (Frossard) y los grupos más inclinados a la legalidad y opuestos a cualquier avenura "golpista" (Paul Levi), los elementos libertarios que se habían hecho ilusiones sobre la democracia soviética (Roland-Holst), los sindicalistas revolucionarios contrarios a la sumisión burocrática de los sindicatos al partido comunista (Pierre Monatte, Andrés Nin), los grupos más reacios a romper toda colaboración con la masa socialdemocrática (Brandler, Bringolf, Tasca) y la extrema izquierda que no toleraba ningún movimiento oportunista (Bordiga, Ruth Fischer, Boris Suvarin).

Esas crisis internas nacieron y se desarrollaron en una esfera lejana de aquella en que me encontraba personalmente, con preocupaciones íntimas, por lo que no me vi envuelto en ellas. No me envanezco por ello, sino al contrario, trato de explicármelo. La creciente degeneración tiránica y burocrática de la Internacional Comunista me inspiraba también repulsión y disgusto; pero había fuertes motivos para inducirme a postergar una ruptura: la solidaridad con los compañeros de lucha muertos o presos, la inexistencia de otra fuerza antifascista organizada en Italia, la rápida decadencia política y con frecuencia también moral de muchos que se habían alejado del comunismo; en fin, la ilusión de una regeneración de la Internacional, con la ayuda del proletariado occidental, en la eventualidad de una crisis interna del régimen soviético.

Entre 1921 y 1927, tuve varias oportunidades de trasladarme a Moscú para participar, como miembro de delegaciones comunistas italianas, en algunos congresos y reuniones. Lo que más me chocó en los comunistas rusos, incluso en personalidades realmente excepcionales, como Lenín y Trotsky, fué su absoluta incapacidad para dis-

cutir lealmente las opiniones contrarias a las suyas. El que disentía, por el simple hecho de atreverse a contradecir, era ya un oportunista, si no un traidor y un vendido. Un adversario de buena fe parecía a los comunistas rusos algo inconcebible. Resultaba una inconsciente aberración, de parte de los polemistas sedicentes materialistas y racionalistas, sostener la primacía de la moralidad sobre la inteligencia. Ha sido ya justamente observado que, para volver a encontrar algo parecido, es preciso remontarse a los antiguos procesos inquisitoriales contra los herejes.

Cuando iba a salir de Moscú, en 1922, Alejandra Kollontai me dijo en tono de broma:

—Si te ocurre leer en un periódico que Lenin ha hecho que me detengan por haber hurtado los cubiertos de plata del Kremlin, ello querrá decir simplemente que no estoy de completo acuerdo con él sobre cualquier pequeño problema agrícola o industrial.

La Kollontai había adquirido en Occidente su sentido de la ironía, del que no hacía uso sino en sus conversaciones con los occidentales. Pero ya entonces, en los años febriles de la creación del nuevo régimen, cuando la creación del nuevo régimen, cuando la nueva ortodoxia no se había apoderado de toda la vida cultural ¡cuán difícil era, también para nosotros, los comunistas occidentales, entenderse con un comunista ruso sobre las cuestiones más simples y obvias! ¡Cuán difícil era, no digo ponerse de acuerdo, pero al menos entenderse, dialogar sobre lo que la libertad significa para un hombre de Occidente, incluso para un trabajador!

Recuerdo cómo un día traté, durante varias horas, de explicar eso a una dirigente de la casa editorial del Estado, para que se avergonzase, por lo menos, de la atmós-

fera de intimidación y de envilecimiento a la que estaban sometidos los escritores soviéticos. Pero ella no lograba entender lo que yo quería decirle.

—La libertad —tuve que recurrir a ejemplos— es la posibilidad de dudar, la posibilidad de equivocarse, la posibilidad de buscar, de experimentar, la posibilidad de decir "no" a cualquier autoridad, sea literaria, artística, filosófica, religiosa, social e incluso política.

—Pero eso —murmuró horrorizada aquella eminente funcionaria de la vida cultural soviética— eso es la contrarrevolución.

Y seguidamente agregó, para tomarse un pequeño desquite:

—Nosotros somos felices con no tener vuestra libertad, pero en cambio, tenemos sanatorios.

Cuando le hice observar que la expresión "en cambio" carecía de sentido, porque "la libertad no es mercancía de cambio", y que en cuanto a los sanatorios que ellos tenían, yo los había visto también en otros países, ella se rió en mi cara.

—Usted —me dijo— está hoy en vena de burlarse de mí.

Quedé tan conmovido por su candor, que no me atreví a contradecirla más. No hay peor esclavitud que la que se ignora.

El espectáculo del entusiasmo de la juventud rusa en aquellos primeros años de la creación de un nuevo mundo, que todos esperábamos sería más humano que el antiguo, atraía con verdadera fuerza. ¡Y qué amarga desilusión cuando, con el transcurso de los años, a medida que el nuevo régimen se afirmaba, su economía progresaba y los ataques armados del exterior cesaron, no se

producía la democratización política que había sido prometida en los comienzos y, por el contrario, la dictadura acentuaba su carácter represivo!

Uno de mis mejores amigos, Lázaro Sciatzky, jefe de la juventud comunista rusa, una tarde me confiaba toda su tristeza por haber nacido demasiado tarde y no haber podido participar en la revolución de 1905 ni en la de 1917.

—¡Pero estamos en una revolución todavía! —le dije, para consolarlo—. ¡Siempre habrá necesidad de revoluciones, incluso en Rusia!

Nos encontrábamos en la plaza Roja, no lejos del mausoleo de Lenin.

—¿Qué clase de revoluciones —quería saber— y cuánto habrá que esperar?

Entonces, mostrándole el mausoleo, que en aquella época era todavía de madera, y ante el cual vemos ahora desfilar todos los días lentas e interminables procesiones de pobres campesinos andrajosos, le dije:

—Supongo que tú respetas a Lenin. También yo lo conocí y conservo de él un fuerte recuerdo. Debemos, sin embargo, admitir que este supersticioso culto de su momia es una ofensa a su memoria, una vergüenza para una ciudad revolucionaria como Moscú.

Le propuse, en suma, que se procurase algunos bidones de gasolina para celebrar, por nuestra cuenta, una "pequeña revolución", incendiando la supersticiosa barraca del "totem". Para ser sincero, debo decir que no esperaba su aceptación a mi propuesta; pero que, al menos, se riese de ella y entendiera lo que quería expresar con la frase "siempre habrá necesidad de revoluciones". En lugar de ello, mi pobre amigo se quedó espantado y se echó a

temblar. Después me rogó que no volviese a pronunciar semejantes propósitos, ni a él ni a nadie.

Diez años después, ese amigo, buscado como cómplice de Zinoviev, se mató arrojándose desde el quinto piso en que vivía.

Rarezas de la memoria: he asistido a desfiles e inmensas paradas del pueblo y de las fuerzas armadas en la plaza Roja; pero en mi mente, el recuerdo de la emoción y de las palabras atemorizadas de aquel joven amigo, tan trágicamente desaparecido, ha permanecido más fuerte que ningún otro. Podría ser también que aquel recuerdo sea "históricamente" más significativo que ninguno.

VIII

Una de las pocas personas con la que me permitía hablar a cara descubierta era Anatolio Lunacharsky, quien como es sabido desempeñó, desde la constitución del nuevo Estado, las funciones de Comisario en la Instrucción y las Obras Culturales. Desde nuestro primer encuentro, mantuve con él cierta familiaridad. Nos conocimos de manera un tanto extraña. Por el conocimiento que tenía del italiano, Lunacharsky estaba encargado de traducir al ruso un discursejo mío, que había pronunciado en un teatro de Moscú. Era siempre de gran provecho hablar con él, no sólo por el motivo indicado de su excelente conocimiento de nuestra lengua y nuestra cultura, sino también por haberse formado en la emigración, fuera del estrecho y restringido círculo leninista. Se manifestaba, pues, en un tono cordial y tolerante, de estilo casi occidental.

—No hagan de nosotros los chivos emisarios de toda nuestra historia —me dijo un día en que me lamentaba con él de la cerrazón de sus funcionarios—. Nosotros no estamos rezagados, respecto a vosotros, tan solo en materia técnica. Con la fuerza de la revolución proletaria, no

debemos cumplir tan sólo la revolución industrial que en Occidente ha sido realizada por la burguesía, sino que debemos hacer que los rusos alcancen también los demás progresos espirituales de que carecen. Nosotros no hemos tenido un Machiavelo, un Galileo, un Giordano Bruno, un Beccaria, para limitarme a los vuestros. Y para tenerlos, no basta, desde luego, con traducir sus escritos al ruso.

—No entiendo entonces —me permití replicar— por qué el Komintern envía a Italia, a dar lecciones, ciertos personajes que todavía tendrían mucho que aprender.

—Eso se refiere a Gregorio Zinoviev —me interrumpió Lunacharsky, y cambió de conversación.

La historiografía de la Internacional Comunista no es fácil. Sin duda alguna, todavía es prematura. ¿Cómo discernir lo necio de lo esencial en las interminables discusiones de sus Congresos y reuniones? ¿Qué páginas abandonar en los archivos a los ratones y cuáles recomendar a las personas inteligentes deseosas de comprender? No sabría decirlo. Aquello que mi memoria me presenta con insistencia quizá pueda parecer a algunos un tanto raro, y no tengo dificultad en admitir que no siempre la sensibilidad coincide con el juicio histórico. En una Comisión especial del Ejecutivo, se discutía, un día, el ultimatum presentado por la Junta central de las "Trade Unions" inglesas, a sus secciones locales, amenazándolas con la exclusión para el caso de que se adhirieran al movimiento minoritario dirigido por los comunistas. Después que el representante del Partido Comunista Inglés hubo expuesto los graves inconvenientes de tal dilema, ya que, si aceptaban, se iría a la liquidación del movi-

miento minoritario y, si rehusaban, los minoritarios tendrían que salir de las "Trade Unions", el delegado ruso Piatnisky propuso una solución que le parecía tan obvia como el mismo huevo de Colón.

–Las secciones –propuso– declararán que se someten a la disciplina exigida y, luego, en la práctica, harán completamente lo contrario.

El comunista inglés le interrumpió:

–¡Pero eso sería una impostura!

Una explosión de risa acogió la ingenua objeción; una risa franca, cordial, interminable, como nunca se había escuchado en las tétricas oficinas de la Internacional Comunista; una risotada que se propagó rápidamente por todo Moscú, porque la divertidamente increíble respuesta del inglés fué inmediatamente telefoneada al mismo Stalin, provocando cuando llegó a destino, como más tarde lo supimos, nuevas oleadas de estupor y de hilaridad. Es muy importante, pienso yo ahora, para juzgar a un régimen, saber de qué se ríe.

Mis permanencias en Moscú, como ya lo he dicho, fueron pocas y limitadas a las funciones temporales de miembro de la delegación comunista italiana. Nunca formé parte del aparato de la Internacional Comunista; pero pude seguir su rápida corrupción con sólo observar la evolución de algunos conocidos míos que pertenecían a él. Uno de ellos, verdaderamente ejemplar, era el francés Jacques Doriot. Lo encontré por primera vez en Moscú el año 1921, cuando todavía no era más que un joven obrero, modesto, voluntarioso, sentimental; y fué por su evidente docilidad y su natural bonachón por lo que el aparato internacional del partido lo prefirió a otros jó-

venes comunistas franceses, más inteligentes y más instruidos que él; pero también con más personalidad. Doriot respondió plenamente a las esperanzas puestas en él. De año en año fué adquiriendo autoridad entre los funcionarios del comunismo internacional, y de año en año, cada vez que tenía ocasión de volver a verlo, lo encontraba cambiado en peor, cada vez más escéptico y más cínico, carente de escrúpulos y, por lo que atañe al modo político de considerar a los hombres y al Estado, en un proceso de rápida "fascistización".

Si pudiese vencer la repugnancia, bien comprensible, para escribir una biografía de Jacques Doriot, desarrollaría este tema: "Cómo, militando en el movimiento comunista, se puede uno volver fascista".

En 1927, encontré a Doriot en Moscú, el mismo día en que regresaba de una misión en China. A varios amigos, nos hizo una relación inquietante de los errores de la Internacional Comunista y del Estado ruso en el Extremo Oriente; pero al día siguiente, ante el Ejecutivo reunido en sesión plenaria, afirmó con gran énfasis todo lo contrario. Nosotros le escuchamos pálidos de consternación.

—Ha sido un acto de habilidad política —nos dijo, después de la sesión, con una sonrisa de hombre superior.

Su caso es digno de mención porque está muy lejos de ser único. Las vicisitudes internas del comunismo francés condujeron más tarde a Jacques Doriot fuera de la Internacional Comunista y le proporcionaron el modo de manifestarse la clase de aventurero en que, con el tiempo, se había convertido. Muchos otros, íntimamente nada distintos de él, permanecieron en la dirección de los partidos comunistas. A este fenómeno de doblez, de desmoralización de los cuadros de la Internacional Comunista, aludía Togliatti en la conclusión de su discurso

ante el VI Congreso de la Internacional, pidiendo permiso para repetir las palabras de Goethe al morir: "Luz, más luz".

Aparte los contrastes internos derivados de su propia heterogeneidad, la Internacional Comunista sufría por la inmediata repercusión en su seno de todas las dificultades del Estado soviético. Tras la muerte de Lenin, se vió claramente que el Estado soviético no podía escapar a lo que parece la fatalidad de toda dictadura: la gradual e inexorable restricción de la esfera de quienes participan en la dirección y el control del poder político. El Partido comunista ruso, que había suprimido todos los partidos concurrentes y eliminado toda posibilidad de discusión en las asambleas soviéticas, cayó él mismo bajo un régimen de excepción: la voluntad política de sus afiliados fué rápidamente sustituída por la del aparato. Desde ese momento, toda divergencia de opiniones en el grupo dirigente estaba condenada a concluir con el aniquilamiento físico de la minoría por parte del Estado. La revolución, que había destruído a sus enemigos, comenzó a devorar sus hijos predilectos. Los dioses sedientos no dieron tregua. La optimista frase de Marx sobre la degeneración natural del Estado socialista se revelaba una pura ilusión.

IX

En Mayo de 1927, como representante del Partido Comunista Italiano, participé con Togliatti en una sesión extraordinaria del Ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista.

Togliatti partió de París, donde dirigía la secretaría política del Partido, y yo, de Italia, donde tenía a mi cargo la organización interna. Nos encontramos en Berlín y seguimos juntos hasta Moscú.

La reunión estaba aparentemente dedicada a la deliberación urgente de las directivas que debían hacerse llegar a los Partidos Comunistas en la lucha "contra la inminente guerra imperialista"; en realidad, como pronto se vió, tenía por objeto iniciar la "liquidación" de Trotsky y de Zinoviev, todavía miembros del Ejecutivo Internacional.

Como de costumbre, para evitar toda sorpresa, la sesión plenaria había sido precedida y todos los detalles preparados por el llamado "Senior convent" o Comisión de los veteranos, formado por los jefes de las principales delegaciones. Togliatti insistió para que yo le acompañase a quella reunión restringida, a cuya asisten-

cia, por la delegación italiana, sólo él tenía derecho; pero en la acertada previsión de las complicaciones que iban a surgir, él prefería contar con el apoyo del representante de la organización clandestina.

En la primera sesión a que concurrimos, tuve la impresión de que habíamos llegado demasiado tarde. Estábamos en una pequeña oficina de la sede de la Internacional Comunista y presidía el alemán Ernst Thäelmann, quien de improviso dió lectura a un proyecto de resolución contra Trotsky para ser presentado en la sesión plenaria. Dicho proyecto condenaba en términos violentísimos un cierto documento de Trotsky dirigido a la Oficina política del Partido Comunista Ruso. Caso verdaderamente excepcional, en aquella sesión del "Senior convent", la delegación rusa estaba formada por Stalin, Rikov, Bukharin y Manuilsky. Al término de la lectura, Thäelmann preguntó si estábamos de acuerdo con el proyecto de resolución. El finlandés Ottomar Kuusinen, el futuro Quisling de 1941, lo encontró insuficientemente violento.

—Es necesario decir rotundamente —sugirió— que el documento dirigido por Trotsky a la Oficina política del Partido Comunista Ruso tiene un carácter netamente contrarrevolucionario y es la prueba patente de que quien lo ha escrito no tiene ya nada de común con la clase trabajadora.

Como nadie más pidió la palabra, después de haber consultado con Togliatti, me disculpé por haber llegado tarde y no haber tenido posibilidad de lograr conocimiento del documento que se estaba juzgando.

—A decir verdad —declaró cándidamente Thäelmann— ninguno de nosotros conoce tampoco el documento.

Ante semejante respuesta, yo preferí desconfiar de que

mis oídos hubiesen escuchado bien y repetí, en otras palabras, mi observación:

—Puede ocurrir muy bien —dije— que el documento de Trotsky que está en cuestión sea condenable; pero evidentemente, yo no puedo condenarlo sin haberlo leído antes.

—Ninguno de nosotros —repitió Thäelmann— hemos leído el documento; ninguno de los aquí presentes, excepto los delegados rusos.

Thäelmann hablaba en alemán y sus palabras acababan de ser traducidas al ruso para Stalin y al francés para dos o tres de nosotros. La respuesta traducida me resultaba tan increíble, que terminé por emprenderla con el traductor.

—Es imposible —le dije— que Thäelmann se haya expresado en tales términos. Le ruego que me repita, palabra por palabra, su respuesta.

En ese momento, intervino Stalin. Estaba en pie, a un lado de la sala, y era el único de los presentes que se mantenía tranquilo y sereno.

—La Oficina política del Partido —dijo Stalin— ha considerado que no era conveniente traducir y repartir el documento de Trotskky a los delegados del Ejecutivo internacional, porque hay en él varias alusiones a la política del Estado soviético en China.

Pero Stalin mentía. El misterioso documento fué más tarde publicado en el extranjero, por el propio Trotsky, en un opúsculo titulado "Problemas de la revolución china", y como todos pueden comprobar, no contenía ningún secreto de Estado, sino que era una cerrada requisitoria contra la política de Stalin y de la Internacional Comunista. En un discurso del 5 de Abril de 1927, ante el soviet de Moscú, Stalin había exaltado a Chiang Kai Shek

y confirmado su propia confianza en el Kuomintang, y ello apenas una semana antes de la famosa revuelta anticomunista del jefe nacionalista chino y su partido. Los comunistas fueron cazados de improviso por el Kuomintang. Decenas de miles de trabajadores fueron muertos en Shangai y un mes después en Wuhan. Se comprende, pues, que a Stalin no agradase un debate sobre su error de cálculo y tratase de protegerse al amparo de la razón de Estado.

Ernst Thäelmann me preguntó entonces si la explicación de Stalin me parecía suficiente.

—No discuto —dije— el derecho de la Oficina política del Partido Comunista Ruso de mantener en secreto cualquier documento; pero no comprendo que los demás seamos invitados a condenar un documento que desconocemos.

La indignación contra mí y contra Toglatti, que parecía conforme con mis palabras, no conoció entonces freno, especialmente por parte del mencionado delegado finlandés y de algunos búlgaros y húngaros.

—¡Es inaudito —chillaba Kuusinen con el rostro enrojecido— que aquí, en la ciudadela de la revolución mundial, debamos acoger a semejantes pequeños burgueses!

Y pronunciaba las palabras "pequeño burgués" con una cómica expresión de desprecio y repugnancia.

La única persona que permaneció tranquila e imperturbable fué Stalin, quien dijo:

—Si un solo delegado es contrario al proyecto de resolución, no deberá ser presentado.

Luego añadió:

—Quizás los compañeros italianos no están bien al corriente de nuestra situación interna. Propongo, pues, que se levante la sesión hasta mañana y que algunos de los

presentes se encarguen de pasar la velada con los compañeros italianos, para explicarles cuál es nuestra situación interna.

El búlgaro Vasil Kolarov recibió el ingrato encargo. Lo cumplió con tacto y buena voluntad. Nos invitó a tomar un vaso de té en su habitación del hotel Lux; y sin preámbulos, abordó el espinoso tema.

—Hablemos claramente —nos dijo sonriendo—. ¿Creéis, por casualidad, que yo he leído ese documento? ¡No! Yo no he leído tal documento. ¿Debo decir toda la verdad? El tal documento no me importa nada. ¿Debo decir más? Incluso si el propio Trotsky me enviase una copia de él, rehusaría leerlo. Queridos amigos italianos, aquí no se trata de documentos. Ya sé que Italia es el país clásico de las academias; pero aquí no estamos en una academia. Aquí estamos en plena lucha por el poder entre dos grupos rivales del centro dirigente ruso. ¿Por cuál de los dos grupos rivales queremos tomar partido? Esa es la cuestión. Los documentos no cuentan. No se trata de investigar la verdad histórica sobre el fracaso de la revolución china. Se trata de la lucha por el poder entre dos grupos adversos e inconciliables. Y ¡hay que escoger! Yo, por mi cuenta, ya he escogido. Estoy con el grupo de la mayoría. Haga o diga lo que quiera la minoría, yo les repito que estoy por la mayoría. Los documentos no me interesan. Aquí no estamos en una academia.

Volvió a llenar de té los vasos y nos observó como podría hacerlo un maestro de escuela con dos discípulos díscolos.

—¿Me he explicado claramente? —preguntó volviéndose directamente hacia mí.

—Cierto —respondí— bastante claramente.

—¿Te he persuadido? —volvió a preguntarme.

—No —le respondí.

—¿Por qué no? —quería saber.

—Tendría que explicarte por qué estamos contra el fascismo.

Kolarov simuló indignarse, mientras Togliatti expresaba su parecer en términos más comedidos; pero no menos resueltos.

—No es posible —dijo Togliatti— pronunciarse por la mayoría o la minoría sin juicio previo. No se puede ignorar el fondo de la cuestión política.

Kolarov le escuchaba con una benévola sonrisa de compasión.

—Sois todavía demasiado jóvenes —nos dijo mientras nos acompañaba a la puerta—. No tenéis todavía conocimiento de lo que es la política.

A la mañana siguiente, en el "Senior convent", se repitió la escena del día anterior. En la pequeña oficina en que estábamos hacinados una docena de personas, reinaba un insólito nerviosismo. La delegación rusa estaba otra vez completa.

—¿Has explicado a los compañeros italianos de qué se trata? —preguntó Stalin a Kolarov.

—Ampliamente —aseguró el búlgaro.

—Si un solo delegado —repitió Stalin— es contrario al proyecto de resolución, éste no podrá ser presentado en la sesión plenaria. Una resolución contra Trotsky sólo puede ser adoptada por unanimidad. Los compañeros italianos —agregó volviéndose hacia nosotros— ¿están conformes con el proyecto de resolución?

Tras una consulta con Togliatti, yo declaré:

—Antes de examinar el proyecto de resolución, debemos conocer el documento que es condenado en la resolución.

El francés Albert Treint y el suizo Jules Humbert-Droz hicieron una declaración idéntica. Ambos terminaron, unos años después, por separarse de la Internacional Comunista.

—El proyecto de resolución queda retirado —declaró Stalin.

Inmediatamente asistimos al mismo espectáculo de histeria del día anterior, con las protestas indignadas y rabiosas de Kuusinen, Rakosi y Pepper. De nuestra actitud, el escandaloso Thäelmann quiso deducir la sospecha de que nuestra actividad antifascista en Italia era falsa y que si el fascismo detenía aún sólidamente el poder era por culpa nuestra. Pidió, pues, que fuese sometida a depuración la política del Partido Comunista Italiano.

Tal examen inquisitorial fué dejado para más adelante. En tanto, comenzaron las sesiones plenarias del Ejecutivo, en las que no faltaron otros episodios instructivos.

En la primera sesión plenaria del Ejecutivo, se registró un incidente que confirmó la gravedad de las divergencias en el seno del grupo dirigente ruso y la brutal desenvoltura con que iban a ser resueltas. Apenas se había iniciado la reunión, cuando llegó Gregorio Zinoviev, miembro regular del Ejecutivo; pero en la misma puerta, dos agentes de policía no le permitieron pasar. León Trotsky, que estaba sentado junto a Togliatti y a mí, presenció la escena, se puso en pie de un salto y denunció a la asamblea el inaudito atropello.

—¡Zinoviev, miembro en pleno derecho de este Ejecutivo! —exclamó a gritos—. ¡Zinoviev, que fué nombrado presidente de la Internacional Comunista a propuesta de Lenin y que ha ejercido ese cargo hasta hace pocos meses, se ve impedido por la policía de entrar en esta sala!

Para los demás miembros de la delegación rusa presentes en la reunión, el incidente era evidentemente esperado y desçontado.

—Zinoviev —declaró Piatnisk— dimitió como presidente y como miembro del Ejecutivo durante la anterior sesión.

Entre la sorpresa general, Togliatti pidió la palabra.

—Yo era el presidente de esa sesión —declaró—. Yo estuve encargado, por la delegación rusa, de comunicar a la asamblea que Zinoviev abandonaba, ciertamente, el cargo de presidente; pero también fuí encargado de especificar que quedaba siendo miembro del Ejecutivo, a causa de haber sido nombrado por un congreso.

Entre tanto, Zinoviev había permanecido en el umbral de la puerta, siempre detenido por los dos polizontes.

—El incidente ha terminado —declaró secamente Thälmann, que presidía—. Se entiende que Zinoviev no es ya miembro del Ejecutivo.

Mis reacciones frente a aquellos inverosímiles episodios eran, lo confieso, más bien ligeros. No reflejaban una moral superior, sino la ingenua espontaneidad de un provinciano rebelde, todavía no contaminado del frío cálculo político. Pregunté a Togliatti:

—¿Crees que semejantes procedimientos sean corrientes en el Sacro Colegio? ¿O tal vez en el Gran Consejo Fascista?

Por lo que se refiere a Trotsky, que en la sala de reuniones continuaba colocándose junto a nosotros, yo me había comportado con cierta reserva. No experimentaba hacia él ninguna especial preferencia mayor que hacia Stalin; pero, impulso bien natural, ante el odio insolente

que le manifestaban las domesticadas criaturas del aparato, concluí por adoptar una actitud completamente diferente. Trotsky ya no era, como lo había visto en 1921, el popular jefe del Ejército rojo, con toda la aureola de haber salvado a Petrogrado, sino un viejo león caído en una fosa y a punto de ser capturado o muerto.

A los ojos de quienes lo vigilábamos sin perderlo de vista, cada gesto suyo, cada palabra suya adquirían una importancia desproporcionada. Recuerdo que un día de aquellas reuniones, regalé a Trotsky algunos ejemplares de un periodiquito clandestino de Turín que le impresionaron favorablemente y él me habló de otro periodiquito semejante, contra el zarismo, redactado por él en Nikolaiev cuando todavía era estudiante. Conocía poco a Italia. No había estado allí sino de paso; pero la recordaba con placer y me contó que tuvo "una bella amicizia". Las pocas palabras de nuestra lengua en su boca eran, en efecto, graciosas y reflejaban un origen femenino.

Nuestra amistosa conversación se desarrollaba durante las pausas del debate político y durante las traducciones de los discursos y no escapaban a las miradas, plenas de sospecha, de los miembros del aparato. Pero mi complicidad y la de Togliatti con Trotsky aparecieron todavía más evidentes cuando él, para cerrar un largo y vehemente discurso, la tomó, entre otros, contra el húngaro Bela Kun, allí presente, y se excusó por terminar, como dijo, "con una palabra en la lengua del Dante y de Togliatti", palabra que fué: *la manera de Bela veramente non è una bella maniera.*

Aunque la festiva expresión fué improvisada en italiano por el mismo Trotsky y la escuchamos nosotros con no menor sorpresa que la de los demás presentes, lo cierto es que su paternidad nos fué atribuída a nosotros, sin

necesidad de confirmarlo, y fué agregada a nuestros graves deméritos políticos.

En resumen, alrededor de nosotros comenzaron a "quemar las papas", como suele decirse. Éramos continuamente seguidos y sometidos a otros fastidios policíacos, que provocaban gestos de impaciencia de mi parte; pero la aparente calma de Togliatti concluyó por actuar sobre mí cual un tónico.

A fin de dejar bien sentada nuestra actitud en las sesiones del Ejecutivo, Togliatti consideró conveniente que los dos, él y yo, antes de abandonar Moscú, dirigiéramos una carta a la Oficina política del Partido Comunista Ruso.

Ningún comunista, decía sustancialmente la carta, se permitirá poner a discusión la preeminencia histórica de los compañeros rusos en la dirección de la Internacinal; pero ello impone deberes especiales a los rusos, quienes no pueden aplicar su derecho de un modo mecánico y autoritario.

La carta fué recibida por Bukharin, quien nos hizo llamar inmediatamente y nos aconsejó amistosamente que la retirásemos, a fin de no empeorar nuestra situación personal, ya bastante peligrosa.

Vinieron, para mí, días de sombrío desánimo. Yo me preguntaba: ¿Es eso el comunismo? ¿A eso hemos quedado, pues, reducidos? Quienes han muerto; quienes agonizan en las cárceles ¿se han sacrificado por eso? La vida errante, solitaria, peligrosa, de extranjero en su patria, ¿es por eso?

Detrás del simulacro de instituciones creadas por la revolución, la realidad rusa estaba a punto de cambiar, obedeciendo a una ley de decadencia que la doctrina oficial no preveía. Aquella rápida degeneración tiránica de una

de las más grandes revoluciones de la historia humana ¿estaba quizás implícita en el principio mismo del socialismo y de la propiedad estatal? O bien ¿era el resultado de la ideología leninista y de su particular forma de organización? ¿O era consecuencia del atrasado ambiente ruso?

Antes de dejar Moscú, estuvo a verme, en la esperanza de que lo reconfortara y lo animara, un obrero comunista italiano, prófugo en Rusia desde hacía años para huir de una larga condena que le había impuesto un tribunal fascista. Según creo, mi visitante sigue siendo todavía comunista. Fué a verme para lamentarse de las humillantes condiciones en que se encontraba la masa obrera de la fábrica de Moscú en que él trabajaba. Él estaba dispuesto a soportar las restricciones de toda especie, ya que su mejoría no dependía evidentemente de la buena voluntad de los jefes; pero lo que no acertaba a comprender, me decía, era por qué el trabajador tenía que estar completamente a la merced de la fábrica y no pudiese disponer de algún organismo de defensa enteramente suyo, con lo que resultaba que también en este aspecto, los trabajadores se encontraban bastante peor que en los países capitalistas. La mayor parte de los ensalzados derechos de la clase trabajadora eran puramente abstractos. La quiebra del sistema era, pues, más vasto de lo que podía sospecharse.

Durante el viaje de vuelta, en Berlín, leí en un periódico que el Ejecutivo de la Internacional Comunista había infligido una áspera censura a Trotsky por un documento suyo relativo a los acontecimientos de China. Me

hice llevar a la sede del Partido Comunista Alemán y pedí explicaciones a Thäelmann.

—¡Eso es falso! —le dije ásperamente—. Tú sabes que la censura no fué votada.

Pero él me explicó que, en caso de urgencia, el estatuto de la Internacional autorizaba a la presidencia para que adoptara cualquier decisión a nombre del Ejecutivo. Se había, pues, esperado a que nos marcháramos de Moscú para votar, en nuestro nombre, un texto que no habíamos aprobado. Así se explicaba la impasibilidad de Stalin frente al "Senior convent".

En los pocos días de permanencia forzada en Berlín, en espera de que fuesen puestos en regla mis documentos falsos para volver a Italia, leí en los periódicos que el Partido Comunista Americano, el Húngaro y el Checoeslovaco censuraban enérgicamente la carta de Trotsky a la Oficina política del Partido Comunista Ruso.

—El misterioso documento —pregunté a Thäelmann— ¿ha sido, por fín, dado a conocer?

—No —me respondió— pero deberíais aprender de los comunistas americanos, húngaros y checoeslovacos lo que significa la disciplina comunista.

Y tales cosas eran dichas sin el menor asomo de ironía, más bien con lúgubre seriedad, adecuada en todo a la realidad de pesadilla a que se estaba refiriendo.

X

Nos encontrábamos en el verano de 1927. Yo permanecía aún en el seno del partido, en plena actividad y con misiones importantes que cumplir, hasta que en la primavera de 1929 hube de solicitar y obtuve un permiso por tiempo indeterminado, por graves motivos de salud.

Fué en el verano de 1931, encontrándome ajeno todavía a toda actividad política, cuando tras algunas vicisitudes de las que hablaré seguidamente, rompí definitivamente con el partido y fuí expulsado de él. ¿Cómo fué moralmente posible, tras la última permanencia en Moscú, que yo permaneciese en el partido comunista tanto tiempo todavía? No es esto una objeción polémica tanto como una pregunta que yo mismo me he formulado varias veces. En otras palabras, ¿por qué fueron necesarios todavía cuatro años para salir de una contradicción cuyo desenlace no me exigió, en el momento, más de unos minutos? Los verdaderos motivos, puedo asegurarlo, no fueron innobles. Y habiéndome obligado a ello la polémica con Togliatti, deseo exponerlo, por más que el hablar de tal cosa me resulte siempre penoso. Pero, en fin de cuen-

tas, si ahora la libertad me es tan cara, es por lo mucho que sufrí para conquistarla.

En el diario de su partido —sinceramente le deseo que nunca tenga que repetirlo ante un tribunal ruso— Togliatti se ha visto obligado, con motivo de este escrito, a recitar el *mea culpa* por sus graves vacilaciones e inseguridades para pasar del bukharinismo al stalinismo, lo que quería decir de una fracción en desgracia a una nueva y más estable mayoría. Por mi cuenta y refiriéndome al mismo período, no tengo ninguna dificultad en admitir que también para mí se trató de una grave crisis, por un motivo, como se comprenderá, opusto en todo al de Togliatti y con una justificación, a mi entender, bastante mayor, ya que es mucho más difícil abandonar a todos los sectores del leninismo ruso y volver a ser un hombre libre. He aquí las confesiones burocráticas, disciplinarias, impuesta por la ortodoxia y las libres de quien ha vencido en sí mismo al miedo.

¿Por qué, pues, si mi ruptura formal con el partido comunista no ocurrió hasta 1931, tengo que remontarme hasta 1927 para explicar su génesis? Debo hacer, al respecto, una advertencia preliminar bastante importante: en la determinación del origen y el desarrollo de los hechos de la conciencia, más segura y fidedigna que la cronología de los archivos es la cronología de la memoria. Ésta conoce los vínculos internos de los hechos sueltos y lejanos, los aproxima, establece sus relaciones y fija la efectiva continuidad de la existencia. Así, por el mismo motivo, al reconstruir, en sus comienzos, el itinerario de mi precoz llegada al socialismo, he tenido que recordar episodios de la adolescencia e incluso de la infancia.

En la turbación que me produjeron los grotescos episodios moscovitas de 1927, no actuaban en primer plano

—mejor es aclarar ésto cuanto antes— aquellos valores que algunos gustan designar con mayúscula, la Verdad, el Bien, el Honor, sino, como el lector de alguna experiencia habrá intuído, motivos psicológicos y políticos e intereses del partido más inmediatos y urgentes. Se trataba, en sustancia, de uno de tantos episodios en los que tan difícil era sincronizar el socialismo revolucionario europeo con el comunismo ruso, caído en plena regresión; y entre las dificultades no menores de las divergencias en el procedimiento para apreciar las situaciones locales y las diversas costumbres, en su última fase aquel conflicto asumió para mí el acento perentorio de una elección moral. Puede ser también interesante observar que todos los miembros del Ejecutivo que, en el episodio por mí recordado, se opusieron a condenar a ojos cerrados un documento cuya lectura acababa de ser negada, todos, del francés Albert Treint al suizo Jules Humbert-Droz, con la única excepción de Togliatti, fueron abandonando el movimiento comunista, aunque en épocas diversas, entre 1928 y 1940, por vicisitudes personales y de grupo bastante complicadas.

Aquel último viaje a Moscú me había revelado, en un grado que yo no podía suponer, la extrema complejidad y la contradicción del comunismo, del cual, por experiencia personal, no conocía bien sino un sector, el de la lucha clandestina contra el fascismo. La permanencia en Moscú me había mostrado el reverso de la medalla. He ahí, pues, que el comunismo, surgido de las más profundas contradicciones de la sociedad moderna, las reproducía completamente en su seno y con exacerbada virulencia, aunque en un cuadro institucional y social distin-

to: bajo la misma bandera, militaban rebeldes y perseguidores, héroes y sicarios, explotados y explotadores, periodistas que arriesgaban la vida por reivindicar una ilimitada libertad de prensa y otros que escribían la apología de la censura y la supresión de todo periódico adverso, acusados que invocaban las garantías jurídicas elementales frente a los tribunales especiales del fascismo y jueces que rehusaban a los acusados toda posibilidad de probar su propia inocencia, organizadores sindicales que promovían huelgas en defensa de las condiciones de vida de los trabajadores y otros que justificaban la supresión legal del derecho de huelga y la adopción del trabajo forzado en masa como parte integrante del nuevo sistema económico, diputados que luchaban por el más extenso y público control de toda acción de gobierno y gobernantes absolutistas, prácticamente incontrolables e inamovibles, salvo los casos demasiado frecuentes en que acaban por ser fusilados por sus propios colegas bajo la invariable acusación de traición.

Esa monstruosa ambigüedad del comunismo era resultado, en gran medida, de lo que vengo diciendo sobre la diversidad de posiciones de los comunistas respecto al poder, sin que ello legitimara la conclusión de que ocurriese de una manera en Rusia y enteramente al contrario en otras partes. Era, de cualquier manera, innegable que partiendo de Rusia y atravesando comarcas en las que los comunistas eran más que simples socialistas de izquierda, hasta en los obreros de fábrica y los campesinos franceses, suizos, italianos, se encontraban aquellas cualidades de generosidad, franqueza, solidaridad, carencia de prejuicios, que son el genuino recurso del socialismo en lucha contra la decadencia y la disipación burguesas. ¡Ah;

qué pesadilla irreal me parecía, en la compañía de tales comunistas, el recuerdo de los episodios de Moscú!

Cuando hablé de ellos en una restringida reunión clandestina, en Milán, observé, en primer término, un movimiento de incredulidad; después vino la ingenua propuesta de que, en las paredes de las fábricas milanesas, se estamparan letreros de ¡Viva Trotsky! Pero terminaron por imponerse consideraciones más graves en la mente de los hombres responsables, y fué uno de ellos quien, dos años después, debía adherirse a los grupos trotskistas y darme por escrito la fórmula más precisa. "El ambiente de nuestra responsabilidad –me escribió entonces Pietro Tresso, uno de los mejores jefes de nuestra organización clandestina– es Italia y no Rusia. Nosotros no podemos llevar a una crisis nuestra lucha contra el fascismo, sólo porque los rusos litigan entre ellos. Las condiciones de la lucha en Italia y en Rusia pueden parecer, a primera vista, un punto de partida y uno de llegada; pero nadie podrá establecer entre ambos polos un nexo de absoluta fatalidad. Por ello, marchemos hacia adelante y esperemos que la futura revolución comunista en Italia terminará un poco mejor".

Le respondí que compartía plenamente el espíritu de su punto de vista. "La fatalidad histórica –le escribí– no me inspira ninguna reverencia. Y, en el caso que debatimos, vale la máxima de Lenin: al verdadero revolucionario, se le conoce por su comportamiento en su propio país". Con Togliatti, antes de separarnos, estuve de acuerdo exactamente en los mismos términos. Sobre él pesaba, verdaderamente, la espada de Damocles de una investigación del Ejecutivo sobre toda nuestra orientación política y de organización, como represalia por la complicidad bukharinista de Togliatti y nuestra escan-

dalosa conducta en la reunión de Moscú; pero cuándo, cómo y por quién sería reclamada la revisión, eso no se podía prever, ya que, en Moscú, la lucha de fracciones seguía ardiendo.

No era nuestra misión ni estaba entre nuestras posibilidades el ejercer ninguna influencia sobre las luchas en Moscú; pero teníamos el deber de permanecer unidos, defender nuestra organización y nuestra política de las falsas críticas y oponernos con firmeza a todo cambio injustificado. Togliatti me parecía decidido a ello, aunque en las reuniones privadas insistía demasiado sobre la cláusula de la unidad, justificándose con el ejemplo, entonces, recientes, del Partido Comunista Español, declarado disuelto y cuya reorganización se había encargado a unos cuantos jóvenes.

Una minoría en potencia, capaz de aceptar la investidura de Moscú para poner al paso al propio partido existía también en el comunismo italiano y estaba representada entonces por Longo y Secchia. A la solidaridad de estos compañeros, Togliatti subordinaba la posibilidad de defender nuestro buen derecho contra los abusos de Moscú. Y también es importante recordar cómo, a pesar de la notoria diversidad ambiental, igualmente los partidos comunistas de los demás países estuvieron, en aquel tiempo, dominados por la misma dificultad.

XI

La posición que adoptamos en aquella coyuntura, aun estando aconsejada por la necesidad, era evidentemente ambigua y reticente; a la larga, insostenible. Los únicos que no sufrían complicaciones eran los comunistas de "base", empeñados en la actividad clandestina de Italia. Ellos, por el contrario, rechazaban las informaciones de los periódicos sobre las luchas entre los dirigentes rusos, a tal punto, que una de sus hojas clandestinas calificó de mentirosa la noticia, aparecida en los diarios fascistas, de la deportación de Trotsky a Alma Alta, en el Asia central.

Pero la situación de los dirigentes del partido en el exterior y especialmente la de los encargados de las funciones internacionales no era fácil. Togliatti tuvo el acierto de rechazar un puesto en la dirección de una proyectada filial de la Internacional Comunista para los países europeos, con sede en Berlín, pese a que estuvo a visitarlo personalmente Manuilsky, en presencia de otros miembros de la dirección del partido; y hasta tuvo la perfidia de inducir a Angelo Tasca, un hombre a quien detestaba y del que estaba celoso, a que aceptara el cargo de dele-

gado nuestro permanente en Moscú, cosa que le exponía a un peligro evidente.

Habíamos entrado en una fase de relaciones bastante rudas y primitvas, en las que la astucia servía más que la inteligencia y los problemas de táctica sustituían a las cuestiones de principio. En cierto momento apareció claro que, a causa de los notorios lazos políticos entre Bukharin y Togliatti, la acción punitiva del Ejecutivo de la Internacional Comunista contra nosotros había quedado aplazada para el momento en que se hubiese pasado, en Rusia, del exterminio de las oposiciones de izquierda a la lucha contra las tendencias más moderadas, conforme a la astuta táctica de batir a los adversarios uno cada vez. Ello significó para nosotros una moratoria de dos años.

Los ulteriores actos de la tragedia son bien conocidos. Tras otro año de polémicas y choques violentos, Stalin ascendió a los grados decisivos en la escala del poder absoluto con la deportación de Trotsky a Alma Alta y la destitución de sus cargos o el traslado a Moscú de los demás jefes del bloque de izquierda formado alrededor de las persosnas de Trotsky, Zinoviev y Kamenev. Y con el fin de que el vértice de la pirámide permaneciese bajo el dominio incontrastado de Stalin y su grupo, fué inmetamente emprendida la lucha para someter o destruir también las supervivientes corrientes de derecha del partido y, en primer lugar, la de Bukharin, desafiándolas en el terreno donde todavía eran fuertes: entre los campesinos. Así, Stalin decidió la colectivización forzada de la pequeña y media propiedad agrícola, fatigosamente constituídas después de 1923, merced a la nueva política económica adoptada por Lenin. De seis o siete millones de

campesinos fueron expulsados de sus fincas, asesinados o deportados a Siberia para ser sometidos al trabajo forzado.

Sobre los alcances verdaderamente babilónicos y sobre los aspectos más crueles de aquella auténtica guerra contra los campesinos, mientras se encontraba en pleno desarrollo, carecíamos nosotros de informaciones precisas, aunque luego fueron de dominio público; pero en tanto que aclarábamos lo que estaba ocurriendo, habría habido motivo suficiente para suscitar el resentimiento y aun la oposición de muchos de nosotros, si nuestro criterio y nuestra voluntad no se hubiesen encontrado dominados por el propósito apriorístico de no provocar una crisis en la organización clandestina sobre una cuestión extraña a la experiencia directa recogida entre nuestros labradores.

Así, cuando Angelo Tasca, de vuelta de Moscú, nos refirió cómo él, en nuestra representación, asumió una abierta posición crítica hacia la nueva política agraria de Stalin, nosotros permanecimos completamente desconcertados y rechazamos, por nuestra parte, la responsabilidad de los comunistas italianos de entrar en conflicto con el Partido Comunista Ruso y con la Internacional, con lo que correríamos el riesgo de dividirnos por una cuestión de tal naturaleza que no podía ser sometido, en última instancia, a las células de nuestro partido.

Detrás de la pantalla de nuestra responsabilidad nacional, nosotros eludíamos un difícil y sin embargo inevitable deber internacional, víctimas, a nuestra vez, del grosero sofisma del búlgaro Vasil Kolarov, de quien dos años antes nos habíamos mofado. Por ese camino, tam-

bién los que en sustancia estábamos de acuerdo con Angelo Tasca y éramos amigos suyos cometimos el error y la bellaquería de dejarlo solo y aun de condenarlo. Semejante conducta habría podido encontrar una justificación si, un año después, cuando finalmente el Ejecutivo de Moscú condenó toda nuestra política a partir de 1924, política inspirada principalmente por Antonio Gramsci, nosotros, como estaba pensado, nos hubiésemos mantenido unidos y solidarios para defenderla. En su lugar, la desmoralización surgida en aquella larga fase de ambigüedad y reticencia, la desconfianza hacia algunos de los nuestros más inclinados a capitular frente a cada pretensión de Moscú, tal como estaba sucediendo en otros partidos, terminaron por producir el efecto opuesto, e incluso los pocos que, tomados de improviso, protestaron y fueron expulsados del partido, se encontraron en condiciones imprevistas para actuar, extremadamente confusas y penosas, sin ninguna posibilidad para manifestarse sobre el verdadera fondo del problema y, lo que todavía era más grave, sin darse cuenta del completo significado de sus propios actos y de sus consecuencias. ¿Cómo habíamos podido forjarnos la ilusión de que, en una orgazación totalitaria, fuese posible un examen serio y en buena fe de los temas controvertidos? Nuestra sorpresa demostraba, en fin, hasta qué punto estábamos todavía a oscuras respecto a la verdadera naturaleza de la evolución sufrida por el comunismo ruso y el internacional en los últimos años y cuán insuficiente era nuestra percepción del nudo de contradicciones en los cuales se encontraban enredados.

La verdad es que no se libera uno del Partido Comunista como se dimite en el Partido Liberal, porque, sobre todo, los lazos de un ciudadano con su partido están en relación con los sacrificios que le cuestan. Además, como ya ha sido afirmado y analizado, el Partido Comunista, para sus militantes, no es única ni principalmente un organismo político, sino escuela, iglesia, cuartel, familia; es una institución totalitaria en el sentido más completo y genuino de la palabra y absorbe por completo a quien se le somete. Todo organismo totalitario, todo régimen de unanimidad obligada implica una buena dosis de mentira, de doblez, de insinceridad. El comunista sincero que conserve por milagro su nativo espíritu crítico y persista en aplicarlo de buena fe a los hechos del partido se expone a la penosa y contradictoria desgracia del no conformista; y antes de consumar la definitiva sumisión o llegar a la abjuración liberadora, debe sufrir en su espíritu toda clase de tribulaciones. La misma lentitud que emplee en darse cuenta de su herejía es, a tal propósito, asaz reveladora y no ha sido todavía suficientemente indagada. Hasta que él se mueve en la misma esfera psicológica de la autoridad con la que entra en conflicto, puede forjarse la ilusión de que su propio disentimiento está limitado a este o aquel error del partido; y sobre ello quiere polemizar en nombre de los principios comunes, con la pretensión de ampararse en la pureza de los orígenes; pero más tarde, después de la excomunión o la expulsión, cuando se encuentre desligado de todo vínculo disciplinario y fuera de la comunidad de los fieles, si posee el valor de remontarse de los efectos a las causas y aspira a explicarse a sí mismo qué cosa, en último análisis, le impidió capitular, se dará cuenta de que su imposibilidad de obedecer tuvo motivos mucho

más radicales y los dogmas, venerados anteriormente por él, se le aparecerán bruscamente en toda su otra luz.

Si al trotskismo no le ha tocado esa suerte, es porque no es una herejía, sino una ramificación absolutamente ortodoxa del leninismo.

XII

La acción represiva contra las corrientes moderadas del comunismo ruso fué silmultáneamente extendida a todas las secciones de la Internacional Comunista mediante la orden de que se procediese a un completo cambio hacia la izquierda, motivado por una pretendida crisis mundial revolucionaria, ya en marcha.

La nueva táctica, según sus autores, pretendía sobre todo liberar al espíritu de los trabajadores de la debilitante ilusión democrática. La democracia parlamentaria acababa de ser, por ello, denunciada como el peor obstáculo para la revolución proletaria y su desaparición era generalmente preconizada como un progreso. El socialismo democrático tradicional fué rebautizado "social fascismo"; o sea, considerado como simple fracción o variedad del fascismo, y todo acuerdo con él fué, para el porvenir, severamente condenado. Consiguientemente, también la unidad sindical con los reformistas debía ser inmediatamente destruída en los pocos países donde todavía sobrevivía. En su lugar, había que promover la formación de sindicatos rojos con dirección comunista.

El resultado histórico más importante de tan demen-

cial táctica nueva, resultado que resume todos los otros, fué la realidad de que, un año después, constituyó, como es notorio, una decisiva ayuda para el acceso de Hitler al poder. Con toda congruencia, en efecto, una publicación oficial de la Internacional Comunista, "La Correspondencia Internacional", consideró el advenimiento del nazismo cual un paso hacia la revolución proletaria, porque eliminaba del horizonte alemán toda ilusión democrática.

Traducida al lenguaje político italiano, aquella vuelta imperiosamente requerida desde Moscú, también a nosotros, era la negación más radical de toda la orientación seguida por los comunistas en Italia durante los últimos años, y ello, por otra parte, vino explícitamente confirmado por los emisarios de la Internacional expresamente encargados de tal misión. La mayoría de la dirección del Partido Comunista Italiano se sometió a tamaño abuso y aceptó la condena de la tesis de Gramsci sobre la situación italiana y sobre la zona meridional. Ahora cabría preguntar si habría sido posible, en el sentido primeramente proyectado, una resistencia colectiva del comunismo italiano a tan injustificado requerimiento; pero sería una cuestión completamente abstracta, ya que la fallida unanimidad de los dirigentes, que era establecida por los más responsables cual condición *sine qua non*, para aquella tentativa, impidió al comunismo italiano el honor de haberlo intentado.

Hacía ya más de un año que, por razones de salud, me encontraba alejado de los trabajos del partido. Fuí informado, por medio de algunas cartas privadas y algunas visitas, del desarrollo de la crisis interna; pero también

quienes asistieron a todas las reuniones quedaron no menos sorprendidos de lo que se decidió. Tres de los mejores compañeros de nuestra organización en Italia, Alfonso Leonetti, director del periódico ilegal; Paolo Ravazzoli, jefe del movimiento sindical, y Pietro Tresso, jefe de la Oficina de Organización, criticaron las pretensiones de la Internacional y demostraron cuán absurdas resultaban al ser confrontadas con las condiciones imperantes en Italia. Por su audacia, en la misma sesión fueron excluidos del Comité Central y más tarde de las filas del partido. Además, con motivaciones grotescas, privadas de todo fundamento, fueron ofrecidos como chivos emisarios a los rencores de Moscú por el pasado bukhariniano de Togliatti. Desdichadamente, impulsados por un vivo resentimiento contra el injusto e imprevisto trato de que fueron objeto y por la misma lógica de la lucha de fracciones, los tres expulsados se entregaron pronto a gestos y palabras que parecían conceder una justificación póstuma al procedimiento que los había herido.

Un día, en una aldea no lejana del sanatorio en que me curaba, me encontré con Togliatti. Detalladamente, con claridad y lealtad, me explicó las razones de la línea de conducta elegida por él tras madura reflexión.

—El estado actual de la Internacional —me dijo en sustancia— no es ciertamente satisfactorio ni agradable. Y no depende de nuestra buena voluntad el modificarlo. Se trata de condiciones históricas objetivas de las que hay que tomar buena nota. Las formas de la revolución proletaria no son arbitrarias. Si no corresponden a nuestras preferencias, peor para nosotros. Por otra parte ¿cuál es la alternativa? ¿Cómo han terminado los comunistas que hasta ahora han roto con el partido? ¿A qué desastrosas condiciones se encuentra reducida la social democracia?

Mis objeciones a tales argumentos —debo reconocerlo— no eran muy pertinentes, sobre todo porque las razones de Togliatti eran exclusivamente políticas y también porque la perturbación que me habían causado las últimas experiencias iba más allá de la política. ¿Qué era eso de la "inexorable forma histórica" ante la que debíamos inclinarnos, si no una nueva imagen de la inhumana realidad contra la cual nos habíamos rebelado al declararnos socialistas? ¿Se puede, por el éxito de la lucha, desmentir los motivos por los que nos hemos lanzado a la lucha? Yo me encontraba entonces como quien ha recibido un formidable mazazo en la cabeza y continúa manteniéndose en pie, caminando, hablando y gesticulando, sin darse plenamente cuenta de lo que le ha sucedido.

Manifesté a Togliatti mi intención de permanecer en el partido, ajeno a toda actividad política. Apenas la salud me lo consintiese, todo lo más que podría aceptar sería alguna misión secundaria, de ayuda o editorial. Togliatti estuvo conforme. Los motivos de mi perplejidad eran bastante complejos, políticos y personales. La polémica, en los periódicos, entre el partido y los tres expulsados, había alcanzado una aspereza y una vulgaridad inauditas. Hombres hasta hacía poco amigos, solidarios frente al peligro común, se llamaban recíprocamente traidores, bellacos, embusteros, oportunistas, hipócritas y hasta ladrones, espías y vendidos.

El efecto que me producía aquella especie de literatura se me reveló, por vía refleja, un día en que un industrial, enfermo en el mismo sanatorio que yo, me confesó que estaba cansado de la vida y que únicamente se abstenía de suicidarse ante el horror que le causaba el solo pensamiento de lo que dirían los periódicos. Tam-

bién yo me espantaba frente a la sola idea de cumplir un acto, quizá necesario, quizá inevitable, que obligaría a personas a quienes yo quería bien a injuriarme, a calumniarme, a atacarme, y a mí a responderles por el estilo. ¡Ah, si fuese posible desaparecer en silencio!

Y es que había un motivo todavía más grave. No hablo de él con facilidad. Desde hacía más de dos años, desde abril de 1928, un hermano mío, más joven, el último que me quedaba, se encontraba encarcelado, en Italia, bajo la acusación de pertenecer al Partido Comunista ilegal. En el momento de la detención, fué duramente torturado y sufrió atroces lesiones internas. Tendría que esperar hasta el año 1932, en la penitenciaría de Prócida, para que la muerte pusiese fin a su martirio. Una circunstancia particular, que reviste con los caracteres de la tragedia a aquel destino era que, por lo menos hasta el momento de su detención, mi hermano no había pertenecido nunca al Partido Comunista, ni había tratado de ingresar en él, ni había sido admitido, ni había participado jamás en sus reuniones ni actividades, ni tenía conocimiento de los estatutos ni del programa. No era más que un joven vagamente antifascista, de educación y sentimientos católicos. El deporte le interesaba bastante más que la política; el deporte había agregado, a su natural orgullo, un especial sentido del honor y de la lucha. ¿Por qué confesó que era comunista? ¿Por qué confirmó su declaración, al celebrarse el juicio ante el Tribunal Especial, o que sirvió para condenarlo a doce años de presidio? "He tratado de comportarme —me escribió— como he imaginado que tú te habrías comportado en mi lugar". Véase, pues, cómo no era fácil para mí salir del partido, puesto que mi presencia servía para justificar el voluntario sacrificio de mi hermano.

Pero una permanencia pasiva, sin retractaciones y sin condenar a los "traidores" expulsados no estaba en las costumbres de la Internacional Comunista. Un delegado ruso, en efecto, planteó mi caso al Partido Italiano en una reunión celebrada en Moscú, de la que Togliatti me transmitió el acta. Vino él nuevamente a encontrarme en Suiza, esta vez acompañado de otra persona. Nos vimos en la sede del Socorro Rojo de Zurich y me veo obligado a precisar algunos particulares, porque dieron una versión grotesca de aquella entrevista.

—Es indispensable —me dijo Togliatti— que hagas una declaración de condena contra los tres expulsados y de absoluta disciplina con la Internacional.

—Sabes bien —le respondí— que eso va contra mis convicciones.

—Lo sé —me dijo— pero acepta el sufrir una coerción y rendir también un homenaje al partido.

Para dispensarme del disgusto del acto material, él mismo se sentó frente a una máquina de escribir, puso en cinco o seis líneas la fórmula de rigor y colocó mi nombre de partido. Podía parecer, tanto a mí como a Togliatti, que yo había tragado ya el cáliz de la amarga purga hasta el fondo; pero no fué así.

Con uno de los expulsados, Pietro Tresso, yo había seguido manteniendo relaciones epistolares bastante afectuosas. No le ocultaba mis aprensiones frente a la ruta por la que se había lanzado, en unión de sus otros dos compañeros, al adherirse a la fracción internacional del trotskismo. También le manifestaba, con toda sinceridad, los motivos por los que yo prefería permanecer en silencio, al margen del partido, puesto que no aprobaba ni la política de Trotsky ni las nuevas directivas impuestas por Moscú. Aquellas cartas mías fueron facilitadas

por Tresso a uno de sus amigos trotskistas, únicamente para que estuviese informado; pero éste, sin que lo supiera el destinatario de las cartas y omitiendo todo lo que les daba un carácter estrictamente personal y familiar, así como suprimeindo cuanto aludía a la condena del trotskismo, las publicó alegremente en un boletín que editaban en París. Desde luego, obtuvo el efecto que descontaban. Las cartas, a los ojos del partido, "probaban" mi doble juego y mi afiliación secreta a la organización trotskista, así como la insinceridad de mi declaración entregada a Togliatti.

Inmediatamente fuí advertido de que una nueva delegación, presidida esta vez por Ruggero Grieco, iría a Suiza para interrogarme. "Te será exigida –me fué escrito– una nueva, más dura y más comprometida declaración. Se te conminará para que tomes una parte más activa en la lucha contra los trotskistas. Te será también exigido que vuelvas al aparato del partido con un cargo de responsabilidad".

Nos encontrábamos en el verano de 1931. Habría podido defenderme. Habría podido demostrar mi buena fe. Habría podido probar que no pertenecía a la fracción trotskista. Habría podido precisar que mi desacuerdo con las nuevas directivas de Moscú era compartido por los mismos encargados de interrogarme. Habría podido referir cómo se desarrolló la escena de mi declaración entregada a Togliatti. Habría podido demostrarles mi absoluta indiferencia por los puestos y la jerarquía. Habría podido; pero no quise. En un instante, tuve la clarísima percepción de la inanidad de todo subterfugio, táctica, aplazamiento o compromiso. Dentro de un mes, dentro de dos años, me volvería a encontrar frente a lo mismo.

Era mejor terminar de una vez para siempre. No debía dejar escapar aquella nueva, providencial ocasión, aquella "salida de emergencia". No tenía sentido el permanecer allí para discutir. Todo había terminado.

XIII

Como es notorio, los Estatutos del Partido Comunista no toleran las dimisiones; no reconocen sino la expulsión. Lo mismo que las sentencias de los tribunales rusos, en los procesos políticos, los términos de los comunicados de expulsión del Partido Comunista poseen un valor puramente polémico. Los conceptos de traidor, renegado, vendido, son simplemente sinónimos de opositor.

En comparación con la tragedia de las motivaciones invariablemente infamantes aducidas en Rusia y en los demás países para liquidar con el fusilamiento, la deportación o la simple expulsión a centenares de millares de comunistas opositores o heréticos –es esa la costumbre del partido, por no admitir en ningún caso la disidencia política– la fórmula escogida en mi caso podrá parecer una de las más benignas. En cierto sentido, fué sugerida por mí mismo. En la delegación oficial ante la cual hube de presentarme, figuraba Giuseppe di Vittorio, quien benévolamente, en tono amistoso hasta cierto punto, se puso a numerarme las dificultades de toda especie en que me iba a encontrar fuera del partido.

–A Italia –me dijo– mientras gobierne el fascismo,

no podrás volver. En el exterior, sin documentación, no podrás permanecer. No tienes medios de subsistencia. No disfrutas de buena salud. Tu hermano está en la cárcel por el partido. Todos tus amigos están en el partido y romperán contigo si te separas de él. Contra el fascismo, no existe hoy ninguna fuerza fuera de la nuestra. Si te queda, pues, un mínimo de buen sentido, si todavía eres capaz de reflexionar y de conducirte como una persona normal...

En ese momento, le interrumpí:

—No sé si tú puedes comprenderme; pero en el sentido que tú lo dices yo nunca he sido y quizá no lo seré una persona políticamente normal.

Y abandoné la reunión, tras declarar que realmente no teníamos nada que decirnos.

En la sentencia de expulsión, que seguidamente dictaron, después de recapitular a su capricho los precedentes episodios por mí recordados, se podía leer: "...habiendo él mismo admitido que es un anormal político, un caso clínico, etc.".

Era un documento injurioso y difamatorio, al cual, como se comprenderá, sus mismos autores no prestaban ninguna fe, ya que de no ser así, en manera alguna habrían intentado que continuase en el partido. Se trataba de un arma polémica, para neutralizar una eventual acción disgregadora en el seno del partido que yo podría desarrollar.

Cuando vieron que no ocurría así, algunos consideraron la posibilidad de un reingreso mío en el partido o al menos que prestase mi colaboración en el sector de los artistas y los literatos. Entonces, los mismos individuos

que habían redactado la sentencia difamatoria autorizaron la redacción de otra versión más benévola, oficiosa y de palabra, de mi separación. Esta, en la nueva versión, quedaba reducida al desdichado efecto de un momento mío de desfallecimiento y pesimismo en la lucha contra el fascismo.

Las dos versiones, la oficial del renegado político y la oficiosa del pesimista, han sido alternativamente empleadas según que mis escritos y mis discursos hayan agradado o irritado a los comunistas. Pero ninguna de las dos versiones, como se deduce del contenido de estas páginas, es cierta. Ninguna permite comprender mínimamente el secreto de la crisis que me lanzó fuera del partido. Yo mismo no me di cuenta de ello sino lenta y fatigosamente en los años sucesivos. No tengo dificultad en admitir que continúo reflexionando sobre ello para comprenderlo mejor. Como ya lo he dicho, si he escrito libros, ha sido para tratar de comprender y de hacer comprender. Y no estoy completamente seguro de haber llegado al término de mis reflexiones.

La verdad es esta: la salida del Partido Comunista fué, para mí, una fecha asaz triste, un grave luto, el luto de mi juventud. Y yo procedo de una tierra en la que el luto se lleva más tiempo que en otras partes. No se libra uno fácilmente de una experiencia tan intensa como aquella de la organización clandestina del Partido Comunista. De ella queda algo que marca para siempre el carácter de una persona. Mirad, si no, cómo son reconocibles los excomunistas. Ellos constituyen una categoría aparte, como los exsacerdotes y los exmilitares de carrera. El número de los excomunistas forma ahora legión. "La lucha final –he dicho a Togliatti en broma– será entre los comunistas y los excomunistas".

Todavía, después de haber salido del partido, he evitado cuidadosamente el acabar en alguno de los numerosos grupos y fracciones de excomunistas; y estoy muy lejos de arrepentirme, una vez que conozco la especie de fatalidad que domina a tales grupos y fracciones y que los convierte en pequeñas sectas, con todos los defectos del comunismo oficial, como el fanatismo, el centralismo y la tendencia a la abstracción, sin las cualidades y las ventajas que presta al comunismo la presencia de un gran número de proletarios.

La lógica de la oposición a toda costa ha conducido a muchos excomunistas bastante lejos de su posición primera; a algunos los ha llevado incluso al fascismo. La sincera reflexión sobre la experiencia sufrida me ha hecho ahondar más en los motivos de mi alejamiento y me ha llevado a la comprobación de que ellos van bastante más allá de los ocasionales que lo produjeron.

XIV

Mi fe en el socialismo, y de ello me atrevo a decir que constituye testimonio toda mi conducta sucesiva, ha permanecido en mí más viva que nunca. En su núcleo esencial, ha vuelto a ser lo que era cuando me revolví contra el viejo orden social: una negación de la tradición y del destino, igualmente bajo el seudónimo de Historia; una extensión de la exigencia ética desde la restringida esfera individual y familiar a todo el dominio de la actividad humana; una necesidad de efectiva fraternidad; una afirmación de la superioridad de la persona humana sobre todos los mecanismos económicos y sociales que la oprimen.

Con el transcurso de los años, a ello se ha agregado un reverente sentimiento hacia aquello que el hombre tiende incesantemente a sobrepasar y a la raíz de su inextinguible inquietud. Mas no creo que de esa manera profese un socialismo mío, particular. Recordad ahora que las "verdades locas" que acabo de describir son más antiguas que el marxismo. Hacia la segunda mitad del pasado siglo, se refugiaron en el movimiento obrero engendrado por el capitalismo industrial y continúan sien-

do una de sus más tenaces fuentes de inspiración. Todo socialista sincero, hasta sin darse cuenta, las lleva en sí.

Repetidas veces he expresado mi pensamiento acerca de las relaciones, en manera alguna rígidas e inmutables, entre el movimiento socialista y la teoría del socialismo. Son las mismas relaciones que median entre las escuelas filosóficas y los grandes movimientos históricos. Con el progreso de los estudios, las teorías pueden desmerecer y ser repudiadas; pero el movimiento continúa.

Constituiría, sin embargo, un error, respecto a la vieja oposición entre doctrinarios y empíricos de las organizaciones obreras, incluirme entre estos últimos. No comprendo la política socialista indisolublemente ligada a una determinada teoría; pero, a una fe, sí.

Cuanto más "científicas" pretenden ser las "teorías" socialistas, tanto más transitorias son; pero los "valores" socialistas son permanentes. La distinción entre teorías y valores no está todavía lo suficientemente clara en las mentes de quienes estudian estos problemas. No obstante, es fundamental. Sobre un conjunto de teorías, se puede constituir una escuela y una propaganda; sobre un conjunto de valores, se puede fundar una cultura, una civilización, un nuevo tipo de convivencia entre los hombres.

FIN

EL NIHILISMO DE NUESTRO TIEMPO

Por Ignacio Silone

I

En el curso de los últimos cuarenta años, la quiebra de algunos grandes mitos político-sociales, procedentes del pasado siglo, ha colocado a cierta categoría de hombres, los que consideraban a esos mitos cual una brújula, en una situación espiritual de incertidumbre y ambigüedad todavía muy lejos de haber sido aclarada. Y habiendo esa situación salido directamente de la experiencia, de la lucha, de los cambios ocurridos en la vida colectiva, de la extinción de las luces que precedentemente guiaban a muchos de nosotros hacia la acción, ella plantea de nuevo los problemas de la conducta del hombre de hoy, junto a la más importante cuestión del sentido mismo de nuestra existencia. No se trata, en suma, ni siquiera en sus aspectos marginales, de una diversión o extravagancia literaria.

En ninguna época faltan hombres, también respetables, que interpretan a su manera el espíritu del tiempo en el modo de cortarse el pelo, o de hacerse el nudo de la corbata, o de pronunciar la "r"; mas, para otros, menos afortunados, las coyunturas de las crisis tienen fre-

cuentemente consecuencias más graves. Para no dar prueba de mal gusto, prefiero comenzar por éstos.

El número de los escritores que, en varios países, en los últimos decenios, se han dado voluntariamente la muerte llega a una cifra que quizá no tenga igual en las épocas precedentes. Me parece que la mayoría de esos trágicos episodios, aunque exteriormente asaz distintos, tienen un fondo común: eso que Nietzsche llamó *el nihilismo de la edad moderna*. Lo sucedido a los autores ¿tiene menos importancia que sus libros? No lo creo. Cada vez que me ocurre reflexionar sobre las expresiones más significativas del sentido del extravío, del tedio, del disgusto, producto de nuestro tiempo, mi pensamiento no va tanto a los libros de Heidegger, de Jaspers, de Sartre, cuanto al suicidio de Essenin, de Maiakowsky, de Ernst Toller, de Kurt Tucholsky, de Stefan Zweig, de Klaus Mann, de Drieu La Rochelle, de F. O. Mathiessen, de Cesare Pavese y de tantos otros menos notorios. Al mencionarlos así, todos juntos, ¡qué serie de sombras terribles! Más allá de las circunstancias externas invocadas para explicar el fin desesperado de algunos de esos hombres de talento –las persecuciones, el exilio, el aislamiento, la miseria, la enfermedad, la anormalidad– basta conocer lo que ellos mismos, antes de morir, han escrito y confiado a sus amigos, para encontrar, en último análisis, una idéntica confesión de angustia y de desesperación frente al penoso esfuerzo de vivir y a su inutilidad. Estemos en guardia, pues, contra las explicaciones superficiales. Cada tentativa de acusar, por esos episodios, a un determinado régimen político, los desnaturaliza evidentemente, porque como es archisabido, han sucedido bajo los regímenes más diversos, en Rusia, en América, en Europa. Y todavía menos se puede inculpar a la influencia

perniciosa de una doctrina pesimista, ya que Maiakowsky era el cantor de una revolución victoriosa y los otros, de Zweig a Pavese, estaban profundamente enraizados en la tradición humanista y religiosa de sus respectivos ambientes de origen. ¿No estaría más en su lugar invertir el diagnóstico y, siguiendo un conocido canon psicológico, afirmar que probablemente algunos de ellos terminaron por sucumbir tan miserablemente a la angustia por haberla excluído de su propia doctrina de arte? La inhibición es más mortífera que la sinceridad. Pero la decadencia de nuestro tiempo tenía ya antecedentes desde los comienzos, en las fechas de los trágicos episodios que he recordado, y ella no ha afectado solamente a individuos refinados de exasperada sensibilidad, sino a las clases e instituciones más diversas, sin perdonar ni a las clases populares.

Nietzsche definió el primero esta decadencia y, como he recordado, la llamó *nihilismo*, dando a esta palabra un sentido que después ha conservado y que es distinto del que le atribuyó Turgueniev en su célebre novela. Las guerras y las revoluciones sucesivas han cumplido la profecía de Nietzsche, poniendo en evidencia lo que en su tiempo podía estar oculto todavía. ¿De qué se trata? En su aspecto moral más común, nihilismo es la identificación del bien, del gusto, de la verdad con el interés propio. Nihilismo es la difusa íntima convicción que va más allá de toda fe y toda doctrina. En el fondo no es nada real, sino que, en definitiva, sólo le importa el éxito. Nihilismo es el sacrificarse por una causa fingiendo que se cree en ella. Nihilismo es la exaltación del valor y del heroísmo con independencia de la causa a la que se sirve, equiparando así al sicario con el mártir. Y así sucesivamente.

¿Cómo nos hemos reducido a tanto? Sabemos que es habitual acusar a la primera guerra mundial de haber sido la causa y el origen de tanto desastre; pero podemos preguntarnos si habría estallado esa guerra en el caso de que el mundo civil no hubiese estado ya en crisis. La guerra se limitó a revelar la fragilidad de los mitos de progreso sobre los que se apoyaba la civilización capitalista. También, en los países vencedores, las viejas instituciones trabajaban por la dura prueba sufrida y parecían el andamiaje indicado.

Me pregunto ahora si es necesario recordar que la restauración autoritaria, practicada por aquellos años, primero en Italia y los Balcanes y después en Alemania y otros países, fué sólo un remedio que agravó el mal. Parece increíble; pero se me asegura que eso es necesario de nuevo. Para el respeto debido a la inteligencia de nuestros contemporáneos ¡qué deber humillante! Pero ¿cómo convencer a los conservadores de que el nihilismo puede ser superado por cualquiera forma de tiranía política? El fascismo, en sus varias formas, significó, por el contrario, la instalación del nihilismo en el poder. Porque la dictadura no reforzó sino los antiguos instrumentos de coerción y no creó, ni podía crear, un nuevo orden moral. Con su clima de miedo y servilismo, produjo, más bien, una agravación, una exasperación, de la general decadencia moral. El fascismo, para decirlo de una vez, se ilusionó con la idea de que iba a rescatar a los italianos de su escepticismo mediante la ortopedia. Y en una época en que entre los jóvenes, como todos recuerdan, caía en desuso el sombrero, eso era como pretender imponer sin rodeos el yelmo de Escipión.

Así fué instaurada una vida pública ostentadora de sentimientos heroicos sin las profundas raíces de la con-

ciencia y resultó una expresión ruidosa y gesticulante de pasiones ambiguas, o fingidas, o superficiales. Y, sin embargo, es cierto que aquella naturaleza trágico-carnavalesca del fascismo facilitó su hundimiento, aunque también creó desgraciadamente la ilusión de una simultánea desaparición del morbo moral del nihilismo, cuyos gérmenes se fomentaban en lugar de la conciencia. De ahí que, bajo muchos aspectos, nos encontremos siempre en el mismo punto. Sin duda, algunas cosas han cambiado; y de todas las modificaciones, la más apreciable, por ahora, es ciertamente esta posibilidad de hablar públicamente de la situación moral del hombre sin entregarse a un optimismo embustero. Pero ¿por el resto?

Los regímenes pasan; las malas costumbres permanecen. La gran dificultad está en que el nihilismo no es una ideología, no constituye un posible objeto de materia legislativa, no es una materia escolástica, ni un modo distinto de saludar al prójimo, ni la obligación de usar un nombre antes que otro; es, a veces, una condición del espíritu que consideran morbosa solamente quienes son inmunes a ella o se preservan de ella; pero de la cual los más ni siquiera se dan cuenta, en la persuasión de que corresponde más bien a un modo de ser completamente natural. "Ha sido siempre así —dicen— y siempre será así".

Conocida de todos es la representación que de esa situación del hombre actual se ha dado la literatura postnitezscheana y existencialista. Ella se reduce a esto: todo lazo entre la existencia y la esencia del hombre está roto; la existencia está privada de todo significado que la sobrepase; lo humano se reduce a la mera vitalidad.

Antes de afirmar, por mi parte, la provisoriedad y caducidad de esa representación, me importa no eludir en

cierto modo su elogio. ¿Los motivos? No se puede, a mi entender, dejar de admirar la sinceridad, sobre todo si requiere un cierto valor, porque sin la sinceridad no existen ni moralidad ni arte. Además, al punto a que han sido reducidas las cosas, como escritor, no veo sinceramente otra vía, fuera de la libertad del arte, para poder plantear ante la conciencia de los hombres problemas que a ellos les obliguen a darse cuenta de una imagen de sí mismos más completa de la que diariamente encuentran frente al espejo. Pero, dicho esto, debo apresurarme a agregar que la literatura no puede todavía tomar residencia permanente en la situación nihilista. ¿Cómo salir de ella? Yo no veo más que una sola vía de liberación: explorar valerosamente toda su superficie. Porque si la empresa no está exenta de riesgos, esa superficie no es del todo inconmensurable; y cualquiera que se aventure en ella con absoluta lealtad intelectual y corazón sano, no podrá menos de encontrar, tarde o temprano, su extremo límite. Allí se le presentará bruscamente el abismo del suicidio o bien redescubrirá algún sentido válido de lo humano. Esto no es una hipótesis abstracta. A algunos ha sucedido eso mismo, y no se trata de ejemplos sin importancia. Citaré algunos de ellos.

Conocido es, sin duda, el itinerario de la obra literaria de Ernst Jünger y de Albert Camus. La situación límite del nihilismo ha sido alcanzada por el primero en su famoso mensaje "*Der Arbeiter*", en el que había anunciado, en un nuevo tipo de proletario despersonalizado, estandardizado, sin cerebro, sin corazón, sin alma, verdadero robot viviente, el protagonista de la palingenesia moderna. La máxima libertad, por eso, según dicho autor alemán, consistiría en su empleo mecánico dentro de la cadena de la guerra civil y de la guerra imperialista en

la que hemos entrado ya y que nos dominará en el próximo siglo. "*Sacrificarse por una fe* —escribe Ernst Jünger— *quiere decir llegar al máximo de sí mismo, independientemente del hecho de que esa fe encierre en sí la verdad o el error. Por el hecho de que los hombres se lancen a la lucha, aunque ella no sea sino un vínculo de miedo que ninguna disciplina ni ningún amor a la patria puedan dominar, ellos como los mártires, ofrecen el testimonio de una realidad ultrahumana, que está más allá de ellos y en ellos.* Los heroísmos de los *robots* proletarios por él invocados resultarían tanto más sublimes cuanto más allá de la tradicional esfera de lo humano se remontaran, aproximándose a los motores más perfeccionados. Se trataría de una situación límite, fuera de la cual serían imposible proceder. Precisa recordar, en su honor, que Ernst Jünger se retractó a tiempo, cuando todavía imperaba Hitler. En sus obras sucesivas, de las que recuerdo la página del título "Del dolor" y el diario de su campaña de Francia en la segunda guerra mundial, su condena del nihilismo se hace cada vez más explícita y más humanamente motivada.

El caso de Albert Camus es distinto, aunque análogo. Releyendo sus libros, todos podrán confrontar fácilmente la neta distancia que existe, de una parte, entre "El mito de Sísifo" y la novela "El Extranjero" y, de la otra, entre la novela "La Peste" y el libro de los prudentes "El hombre rebelde". En "El mito de Sísifo", Camus colocó la noción del suicidio en el umbral del libro, para extraer una respuesta sobre el sentido de la vida. La razón de vivir aparece francamente definida como irrisoria. "*Morir voluntariamente* —escribía— *supone que se ha reconocido, por lo menos instintivamente, el carácter irrisorio de esta costumbre, la ausencia de toda razón seria*

para vivir, el carácter insensato de esta agitación diaria y la inutilidad del sufrimiento". Matarse significa "confesar simplemente que la vida no vale la pena" y la inutilidad, el absurdo de la existencia cotidiana. El remedio contra este desolado sentido del absurdo le será ofrecido por la compasión. *"El mundo en que vivo me repugna,* escribirá Camus en *"El hombre rebelde"; pero me siento solidario con los hombres que sufren".* La vida de los personajes de su siguiente novela, "La Peste", no será ya presentada cual un desarrollo impasible de hechos arbitrarios y privados de sentido, sino como un encuentro de seres dignos de compasión, que sufren y se debaten contra un destino común. Uno de los personajes de la novela, el doctor Rieux, encontró a un cierto Grand, un pequeño empleado del municipio que había sido abandonado por su mujer, y abandonado sin rencor. *"Él contemplaba a Grand desde lejos, casi pegado a una vitrina llena de juguetes de madera toscamente esculpidos. Por el rostro del viejo empleado, las lágrimas corrían sin interrupción. Y aquellas lágrimas perturbaron a Rieux, porque las comprendía y las sentía en el hueco de su propia garganta. Recordaba también los esponsales del desgraciado, ante una botella de Navidad, y a Juana inclinada hacia él para decirle que estaba contenta. Del fondo de los años lejanos, la fresca voz de Juana se volvía hacia Grand, eso era cierto. Rieux sabía lo que pensaba en aquel momento el viejo que lloraba y pensaba como él, que este mundo sin amor es un mundo muerto y que llega siempre una hora en la que uno se cansa de la cárcel, del trabajo y del valor, para reclamar el rostro de un ser y el corazón maravillado de la ternura... Aquella infelicidad era la suya y lo que le roía el corazón en aquel momento era la inmensa cólera que viene al hom-*

bre ante el dolor que golpea a todos los hombres". Camus nos ha enseñado que también la rebeldía que nace de la sola piedad puede volver a dar un sentido a la vida.

El caso de André Malraux es más singular, porque este epígono francés de Nietzsche ha pasado del comunismo al gaulismo y ofrece la impresión de permanecer íntimamente nietzscheano. Su tumultuosa parábola parece, en efecto, la aventura de un "superhombre" a la busca de pruebas y ocasiones para la propia exaltación. Sería injusto considerarla una aventura exterior, de héroe de cine. De la *"Tentación de Occidente"* a la *"Psicología del Arte"* no asistimos solamente a un cambio de escena. En 1926, Malraux anunciaba la quiebra histórica de Europa, *"este cementerio donde no duermen más que conquistadores muertos"*. La rebelión comunista de los pueblos de color parecía ofrecerle entonces una perspectiva adecuada; pero ¡cuán ambigua fué su adhesión! El sentido viril de una fraternidad alternaba, en las páginas de la *"Condición humana"* con la embriaguez de la acción pura. Con tono más firme, la fraternidad era invocada en *"Tiempos de desprecio"* como el extremo recurso contra la desesperación nihilista. Era una solidaridad activa, consagrada al sacrificio, culminante en el acto del compañero desconocido que salvó al jefe comunista Kassner de la tortura nazi. Pero el gregario ¿había actuado por iniciativa propia o por orden del aparato? Y la fraternidad ¿puede fundarse sobre algo distinto de la libertad y la responsabilidad personal? *"La servidumbre económica es dura* –dirá el viejo Alvear en *"La Esperanza"*; *pero si, para destruirla, estamos constreñidos a reforzar la servidumbre política, o la militar, o la religiosa, entonces ¿qué me importa?* Las revoluciones se reconocen, como

los árboles, por sus frutos y no por los esfuerzos que cuestan.

Se trata de ejemplos aislados, ya lo sé, y también sé que no basta una sola golondrina para hacer una primavera; sin embargo, indican una vía de salvación, una verdadera salida de emergencia del nihilismo, que arranca de una cierta irreductible fuerza recóndita del hombre.

II

Me urge reanudar ahora el hilo que me interesa más y que, por un momento, ha quedado en suspenso. En su esencia, la particular situación espiritual a que vengo refiriéndome se presenta afín con la que acabo de recordar; pero resulta, sin embargo, de un itinerario diverso y trae de él un significado propio.

En el punto de partida de ese itinerario, no se encuentra apenas la meditación filosófica o la persuasión científica, sino más a menudo una rebelión instintiva contra el ambiente familiar y social. Un cierto domingo, dejamos de ir a misa, no porque los dogmas, de repente, nos parezcan falsos, sino porque la gente que asistía a ella se aburría y a veces le atraía la compañía de quienes permanecían alejados. La rebelión de un joven contra la tradición es un hecho frecuente en todos los tiempos y en todos los países; y raramente se presenta despojada de ambigüedad. Según las circunstancias, la rebelión puede conducir a la legión extranjera, a la delincuencia común, al arte del cine, como también a un convento o al extremismo político. Lo que define a nuestra rebelión es la elección de los compañeros. Fuera de la iglesia de

nuestro villorrio, eran los palurdos. No era su psicología lo que nos atraía, sino su condición. Una vez consumada la elección, como enseña la experiencia, el desarrollo de la vicisitud acostumbrada pierde toda originalidad. Sin oponer resistencia, más bien con el fervor bien conocido del neófito, se aceptan el lenguaje, los símbolos, las normas de organización, la disciplina, la táctica, el programa, la doctrina del partido de los nuevos compañeros.

No hay que sorprenderse de que las nociones del catecismo y las de los libros de escuela no constituyeran, en la mayor parte de los casos, ningún obstáculo serio para la fervorosa aceptación de la nueva ortodoxia. No se pone uno a sostener su verdad ni siquiera siente necesidad de refutarlos, porque los dogmas del catecismo y las nociones de los manuales escolares forman parte del mundo que se abandona. Ellos no son ni verdaderos ni falsos; son "burgueses", hojas secas. La elección es emotiva, fuera de lógica. Que después la nueva ortodoxia, así globalmente aceptada, reivindique por añadidura el carácter de científica y de objetiva no es la menor de las incongruencias sobre la que se tratará en vano de atraer el sentido crítico del convertido.

Esa es la regla. He leído un cierto número de biografías de anarquistas, de socialistas, de comunistas, de fascistas, y están más o menos al corriente de las circunstancias que condujeron al activismo político a cierto número de conocidos míos: no he encontrado todavía una sola excepción al esquema que acabo de describir. Y si existen las excepciones, han de ser raras. En otras palabras, declaramos subversivos o conservadores por motivos que llevamos en nosotros mismos y con frecuencia poco claros. Antes de escoger, somos escogidos, sin darnos cuenta de ello. Y la nueva ideología, generalmente, se

aprende más tarde, en la escuela del partido, al cual, entretanto, se ha adherido ya, empujado por la fe. De manera completamente igual se desarrolla el proceso inverso, el de la eventual abjuración. La ideología es objeto entonces del mismo brusco trato ya reservado al catecismo y a la historia patria. Para decirlo en términos anticuados, también sobre la vía del arrepentimiento, la mente es arrastrada por el corazón o, según la salud del interesado, por el estómago.

No podemos, sin embargo, renunciar a darnos cuenta. ¿Qué cosa podía representar a los aldeanos del propio villorrio, a los ojos de un estudiante en los años que precedieron inmediatamente a la primera guerra mundial, para que ellos no abrazaran su causa?

Ellos no podían pensar verdaderamente en una carrera política; y, por otra parte, no conocían aún la orgullosa profecía de Marx que saludaba en le proletariado al legítimo heredero de la filosofía moderna; e ignoraba también que, tras las Cinco Jornadas de Milán, Carlos Cattaneo había anunciado la unión en adelante inescindible entre el proletariado y la libertad, destinados, como un caballo y un caballero, a recorrer juntos la nueva edad; y no habían tenido barrunto todavía de la teoría de Rosa Luxemburgo sobre la natural espontaneidad revolucionaria de los obreros; ni de la teoría de Lenin sobre la fuerza motriz del progreso en la sociedad moderna; ni sabían de Sorel o de otros profetas del nuevo Mesías. Pero si la nueva teoría revolucionaria sobre la misión histórica del proletariado, propia de aquellos años, no había llegado todavía a aquella remota comarca de Italia meridional, en cambio, principalmente por impulso de los trabajadores regresados de América, se habían formado las primeras ligas de resistencia de los campesinos

pobres, las que suscitaron indecible miedo y espanto. No es de extrañar que aquel insólito alboroto, percibido por un joven ya disgustado del ambiente local, provocase en su ánimo un profundo cambio; esto es, la persuasión de que en una sociedad vieja, estancada, exhausta, aburrida, como aquélla, los pobres representaran el extremo recurso de la vida: una realidad con la que fuera saludable acompañarse.

Corrían entonces los últimos años de una época en la que numerosos hechos parecían confirmar la validez del mito de la misión libertadora del proletariado. La fascinación de este mito rebasaba con mucho los angostos esquemas de la política de los partidos. El movimiento de los trabajadores, en su conjunto, aparecía como la gran alternativa popular a la decadencia nihilista anunciada por Nietzsche. Era la promesa de una nueva tierra y de un nuevo cielo. La vida moral, el arte, el pensamiento eran directamente influídos por ella. Y las crónicas parecían dar literalmente razón a Rosa Luxemburgo. Todavía no se corría el riesgo de ser desmentido, en aquellos años, cuando se afirmaba que donde quiera actuase una organización de trabajadores, en cualquier régimen, clima o condición social, a pesar de sus defectos, cualesquiera que fuesen sus dirigentes, socialistas, anarquistas, sindicalistas, ella se movía "naturalmente" en la dirección de la libertad y de la renovación. Había ocurrido un episodio, que ha quedado como clásico en la historia del movimiento trabajador, que parecía expresamente creado para demostrar también a los escépticos el fundamento de la teoría naturalista de Rosa Luxemburgo sobre la espontaneidad liberadora de los trabajadores. Hacia 1905, en Moscú, la policía secreta zarista, la *Ocrana*, tomó la iniciativa de promover la formación de un

sindicato de trabajadores, con la mira de atraer a los agitadores clandestinos y detenerlos. Pero éstos barruntaron el engaño y permanecieron alejados; pero el sindicato, aunque fuese de origen policíaco, como estaba constituido por auténticos proletarios, se convirtió, por sí mismo, espontáneamente, en una organización revolucionaria, por lo que bien pronto la misma *Ocrana* fué obligada a disolverla.

Pues bien, ahora sabemos todos que, entretanto, junto al mito de la fatalidad del progreso, se ha desvanecido también el de la espontaneidad liberadora del proletariado. Las recientes experiencias de los sindicatos nazis, salazaristas, peronistas y, en sentido más amplio, reformistas y corporativistas han terminado por persuadir también a quienes se resistían a admitirlo sobre la única base de la degeneración totalitaria del comunismo. Pero ahora, repito, el ocaso de aquel mito constituye un dato de hecho obvio para quienquiera que se tome la molestia de informarse sobre las circunstancias del mundo y no solamente del que le circunda. No se trata ya únicamente de una sutil capa de trabajadores privilegiados, la llamada "aristocracia proletaria" de los países imperialistas, posible mediante la explotación de los pueblos coloniales; ni de la categoría inferior, todavía plebeya, que permanece en los márgenes del proceso productivo, el llamado *"lumpenproletariat"*, sino de las masas trabajadoras normales. Un experimento como el de la *Ocrana* de 1905, hoy no estaría fatalmente condenado al fracaso. El acontecimiento tiene, para los marxistas, este significado evidente: el mismo modo de vivir no determina ya, en la organización proletaria, un idéntico o afín modo de pensar. La conciencia de clase no es ya un producto natural de la clase.

Desde que se ha creado esta situación; desde que sobre los problemas fundamentales del hombre de hoy no existen ya, en escala mundial, una orientación, un peso, una eficacia unívoca del mundo trabajador hacia la libertad, de todo ello resulta una nueva dimensión, no sólo de la vida política, sino también de la espiritual. El mundo trabajador se ha quebrado espiritualmente. Eso es hoy polivalente. El caballo de Carlos Cattaneo ha arrojado a tierra al caballero y ha vuelto al estado cerril. El trabajador puede ser, como se ha visto y se ve, un activista de las causas más opuestas: puede ser camisa negra y "partigiano", verdugo y víctima, o simplemente, en los países ricos y tranquilos, un perezoso filisteo sin ideales, asegurado contra la desocupación, contra la vejez, contra la enfermedad y también contra el peligro de que quiebre la compañía de seguros. Pero, preferentemente, en los países pobres como el nuestro, a causa de su relativa simplicidad, el proletario puede ser presa de los extremos opuestos. Todavía puede ser Cristo, el pobre Cristo que toma sobre sí los pecados de los demás y se sacrifica por ellos y puede ser también Barrabás, un innoble Barrabás totalitario, escarnecedor de todo lo que en el hombre hay de más humano. Sea como fuere, eso tiene, sobre la escena, figura de protagonista. Eso es el "*deus ex machina*" de la política moderna. Es una ingenuidad hacerse la ilusión de que ese hecho puede ser abolido. ¡Qué tontería imaginar que una democracia pueda regirse a la larga, contra los trabajadores, mediante la policía y los tribunales! Por la posición que los trabajadores ocupan en el proceso productivo, por su número, por ser más compactos, por su homogeneidad social, la orientación que adoptan en cada país constituye un factor decisivo del destino político. Nada hay en ellos que sea

más potente; la libertad del hombre depende de ellos, y también de los demás. Pero puesto que ya no es la clase, sino la conciencia la que decide, entonces estamos otra vez en los comienzos. La elección que ahí se impone es doble: la clase y en la clase; el proletario y la libertad.

¿A qué ha quedado reducida la conciencia? Basta contemplar alrededor. En la clase alta, el nihilismo se ha propagado sobre toda la superficie social. La epidemia no ha ahorrado a los barrios populares. Hoy es universal el culto nihilista de la fuerza y del éxito. Y es nihilista esta general condición de identificar a la Historia con los victoriosos, la innoble vileza que lleva a tantos intelectuales hacia el comunismo o hacia McCarthy. Los muertos, los débiles ¿no han tenido nunca razón? ¿Estaba equivocado Mazzini? ¿Trotsky ha estado en el error tan sólo porque fué derrotado? Gobetti, Matteotti ¿estaban equivocados? ¿Y Gramsci no comenzó a tener razón sino desde Abril de 1945? ¿No la tendrá ya si disminuye la fuerza de su partido? ¿Y el miedo a la bomba de hidrógeno es el miedo a una razón superior, a una razón más convincente que otra?

A la general inseguridad personal, que en nuestra época resulta de la crisis económica y de la invasión del Estado y de la política en todos los campos de la actividad humana, corresponde la busca afanosa por parte de los individuos de alguna seguridad y protección en uno de los partidos de masa, lo que no excluye del todo el doble juego con el partido adversario, posible vencedor de mañana.

Si las críticas ideológicas y las campañas morales no sacuden la estructura de los partidos de masa y dejan indiferentes a la mayor parte de los inscritos, ello acaece cabalmente por el motivo ya dicho: porque son muy ra-

ros los que se adhieren por una íntima convicción ideológica. Y a esta disposición oportunista de los individuos, obsesionados por la propia seguridad y la de su familia, corresponde la tendencia usurpadora de los entes colectivos. A decir verdad, no se sabría decir qué colectividades pueden considerarse hoy inmunes a la lepra del nihilismo. Se diría que la vida asociada crea el ambiente más favorable para la incubación de sus gérmenes. ¡Cuán monótona es la estupidez humana! El mecanismo mortífero es siempre el mismo: cada grupo o institución surge en defensa de un ideal; en el comienzo del camino, se identifica con él y luego lo sustituye, para colocar en el vértice de todos los valores sus propios intereses. "Lo que perjudica al partido está contra la Historia". Los asociados, por las razones dichas y repetidas, no se encuentran incómodos del todo; más bien encuentran en ello su provecho. Las ventajas no son descuidadas, ya que la abdicación a toda responsabilidad personal es completa. Si por condenada hipótesis, se le presenta a alguien alguna duda, no tiene más que plantear el problema a la oficina de propaganda. (En casos delicados, la respuesta le será llevada a domicilio). ¿Cuántos se dan cuenta de que la tiranía de los medios sobre los fines es la muerte natural de los fines más nobles? ¿Y que la reducción del hombre a la condición de instrumento y materia prima imprime un carácter mixtificatorio a cualquier pretensión de querer asegurar la felicidad del hombre?

III

No existe una imagen más melancólica que la de estos ex perseguidos que, a su vez, se convierten en perseguidores. No sé si conocéis la terrible carta que Simona Weil escribió a Bernanos en la primavera de 1938, acerca de la guerra civil de España. A la vehemente requisitoria del escritor monárquico y católico contra los excesos de la represión franquista en la isla de Mallorca, hace simetría la afligida confesión de la joven intelectual revolucionaria, voluntaria en el sector de los republicanos. La carta no ha sido publicada sino hasta fecha reciente y expresa el horror de una mujer sensible frente a los inútiles estragos que acompañaron a aquellos acontecimientos. Pero ella había asistido a algo que le había dejado una impresión más penosa todavía que la violencia brutal. Sería difícil citar un testimonio más puro y desinteresado y una experiencia más ejemplar. Ella escribió así:

"No he visto nunca, ni entre los españoles ni entre los franceses que han venido a combatir o a pasear (y estos últimos eran no pocos intelectuales tristes e inofensivos) no he visto nunca ninguno que expresara, por

lo menos en la intimidad, repulsión o disgusto o tan solo desaprobación por la sangre inútilmente vertida. Habláis del miedo. Sí, el miedo ha tenido su parte en esas muertes; pero no he podido comprobar que haya tenido toda la participación que le atribuís. Hombres en apariencia valerosos, durante una comida de camaradas, referían con una buena sonrisa fraterna cómo habían matado curas o "fascistas", término éste harto amplio de significado. He tenido la sensación de que cuando la autoridad temporal y espiritual han colocado una categoría de seres humanos fuera de la cual la vida tiene un precio, entonces no existe nada más natural para el hombre que matar a esos semejantes; cuando se sabe que se puede matar sin arriesgar ni castigos ni censuras, se mata; o por lo menos se hace con sonrisa animadora para quienes se mata. Si, por casualidad, se experimenta cierto disgusto al principio, se esconde y se sofoca, por miedo de aparecer carente de virilidad. Hay en ello un impulso, una embriaguez a la cual es imposible resistir sin una fuerza de ánimo que por fuerza debo considerar excepcional, ya que no lo he encontrado en nadie. He encontrado, por el contrario, tranquilos franceses, a quienes hasta entonces no despreciaba, los cuales no tenían el pensamiento de ir a matar, pero que se sumergieron con visible placer en aquella atmósfera impregnada de sangre. Una atmósfera semejante hace desaparecer hasta el mismo objeto de la lucha. Porque no se puede formular un objetivo sino conduciéndolo al bien público, al bien de los hombres, y los hombres no tienen valor.

Se parte como voluntario, con idea de sacrificio, y se cae en una guerra de mercenarios, con mucha crueldad, por añadidura".

Naturalmente, no faltarán imbéciles que considerarán

esa carta de Simona Weil como derrotista; pero la derrota la había precedido, como la enfermedad precede al diagnóstico. En este universal naufragio moral ¿cuáles son los despojos a los que hay que aferrarse para no hundirse? Entre los pensamientos de la misma Simona Weil, recogidos bajo el título de "*La Sombra y la Gracia*", se puede leer esta respuesta indirecta, cuya validez sobrepasa con mucho a la política: "*precisa estar siempre prontos a cambiar de campo, como la justicia, esta fugitiva del campo de los vencedores*".

Ciertamente, estamos ahora lejos de la simplísima situación en que nos debatíamos contra el ambiente familiar y nos pasábamos a la parte de los proletarios. Los proletarios de este mundo no están ya de acuerdo entre ellos; no encarnan ya un mito, y al acompañarlos por todas partes y de cualquier modo, se arriesga el terminar donde menos se desea. Y ello porque, a la elección inicial, repito, se impone una suplementaria.

Para juzgar a los hombres, no basta observar si tienen callos en las manos; precisa mirarles a los ojos. La mirada de Caín es inconfundible. ¿Estamos de parte de los condenados a trabajos forzados o de parte de sus guardianes? Es un dilema del cual no se puede huir porque los mismos verdugos lo impongan. ¿Estás con nosotros o contra nosotros?, nos intiman. Hay que llamar pan al pan y vino al vino. Nosotros no tratamos de sacrificar los pobres a la libertad –esto es muy cierto– ni la libertad a los pobres, o más precisamente a los burócratas usurpadores erigidos en sus apoyos. La fidelidad a los hombres perseguidos en razón de su amor a la libertad y a la justicia compromete al honor personal. Ella define mejor que cualquier otra fórmula programática. Me

parece que, a estos claros de luna, tal es la verdadera piedra de toque.

Lo ya dicho bastará también para aclarar por qué el humanismo genérico, literario y filosófico dice ahora tan poco. Quizá volverá una estación que le sea más propicia; mas, por ahora, nos sentimos bien lejos de la serena armonía que eso representa. Nos parece que la autocomplacencia del hombre, en ello implícita, tiene en nuestro tiempo escasos puntos de apoyo. En realidad, el hombre de hoy está bastante mal configurado. Una imagen del hombre moderno que no quiera alejarse demasiado del original y evitar el verbalismo no puede menos de ser deforme, dividad, fragmentaria; esto es, en una palabra, trágica.

Esta confesión de humildad no nos cuesta ningún esfuerzo. Nosotros no conocemos la respuesta a las cuestiones supremas sobre el origen y sobre el destino. Para ser leales, esas demandas tradicionales ni siquiera nos molestan. El rompecabezas sobre la prioridad del huevo o de la gallina ha dejado de provocar nuestra curiosidad. Podría ocurrir que la causa no fuera del todo trivial: la cuestión rebasa nuestra responsabilidad y, como quiera que se desenvuelvan los hechos, ello no será culpa nuestra. Si nos ocurre pasar noches de insomnio, no es a causa de ellos. Esta es, por lo tanto, la característica principal de nuestra situación: los problemas que nos preocupan son los de nuestra existencia; son los problemas de la responsabilidad de hombres de hoy. Únicamente entre estos límites conseguiremos, en verdad, definirlos.

Quiere decirse que no nos sentimos ni creyentes ni ateos, y menos escépticos. Estos rótulos, en su significado convencional, no nos afectan. Quienes se los atribuyen no hacen más que aumentar la confusión de la lengua.

Un invencible náusea hacia el verbalismo y los fáciles consuelos nos impide abandonarnos en afirmaciones más generales. Un sagrado respeto a lo trascendente nos impide mencionarlos en vano y usarlos como una droga. Y si ningún orgullo puede hacernos ocultar que, en los momentos de soledad y de angustia, hemos vuelto a pensar con punzante angustia en la casa paterna, en su antiguo orden, en su seguridad, debo también agregar que el amor a la verdad ha terminado siempre por prevalecer sobre la tendencia a la comodidad.

En una situación en la que las promesas metafísicas o también simplemente históricas parecen inciertas y discutibles, el sentimiento moral adquiere necesariamente un espacio insólito y asume también la función de guía de la inteligencia. Sin embargo, en esas condiciones es fácil caer en el moralismo abstracto y veleidoso; pero ello ocurre si el sentimiento moral actúa en una situación de "tabla rasa". En realidad, más allá también de un claro conocimiento, se es siempre un hombre de carne y hueso, un hombre de cierta comarca, de una cierta clase, de una cierta época. Para quien nos contempla, el recurso vital que nos salva de la situación-límite del nihilismo es de fácil identificación: la misma carga emotiva que impele a la elección inicial no ha estado, en efecto, desprovista de desengaños. No es un caso singular. El nuestro a ese respecto, no es una hipertrofia del yo. Nuestra clase es una legión siempre creciente: la legión de los prófugos de la Internacional. Son realmente muchos los que, fuera de todo partido o iglesia, llevan ahora este ardiente estigma.

A pesar de todo, en consecuencia, ¿queda alguna cosa? Sí; hay certezas irreductibles. Estas certezas son, en mi sentimiento, certezas cristianas. Ellas me apoyan de tal

modo unidos a la realidad humana, que se confunden con ella. Negarlo significa desintegrar al hombre.

Eso es demasiado poco para constituir una profesión de fe; pero suficiente para una declaración de confianza. Es una confianza que se sostiene sobre alguna cosa más estable y más universal que la simple compasión de que habla Albert Camus. Ella se sostiene, en fin de cuentas, sobre la certidumbre íntima de que los hombres somos seres libres y responsables; se sostiene sobre la certidumbre de que el hombre tiene la absoluta necesidad de abrirse sobre la realidad de los demás; se sostiene sobre la certidumbre de la comunicatividad de las almas.

La posibilidad de la comunicación de las almas ¿no es una prueba irrefutable de la fraternidad de los hombres? Esta certeza contiene también una regla de vida. El amor hacia los oprimidos nace de ello como un corolario que ningún desengaño histórico puede poner en duda, por no ser un amor interesado. Su validez no depende del éxito. Con esta certeza cual fundamento de la existencia ¿cómo resignarse a ver sofocada la posibilidad del hombre en las criaturas más humildes e infortunadas. ¿Cómo concebir una vida moral que sea sorda a esa obligación fundamental?

Mas ello no debe entenderse, como se comprenderá, en sentido político de poder o tiranía. Servirse de los oprimidos como un escabel para el poder y después traicionarlos es sin duda el más inicuo de los sacrilegios, porque ellos son los más indefensos de los hombres. Debemos admitir francamente que no poseemos ninguna panacea. Una panacea del mal social no existe. Y es ya mucho esta confianza que permite marchar hacia adelante. Estamos constreñidos a proceder bajo un cielo ideológico oscuro. El antiguo y sereno cielo mediterráneo, poblado

de brillantes constelaciones, está ahora cubierto; pero la escasa luz que sobrevive, que aletea a nuestro alrededor, nos permite cuando menos ver dónde colocar los pies para caminar.

Quiere decirse que la situación espiritual que he descrito no admite ninguna apología ni puede ser motivo de jactancia. Francamente, es un expediente. Se asemeja a un campamento de prófugos en una tierra de nadie; a un campamento descubierto, de fortuna. ¿Qué quieren que hagan los prófugos, de la mañana a la noche? Pasan lo mejor de su tiempo contándose sus respectivas historias. No son, en verdad, historias divertidas; pero ellos se las cuentan, más que nada, por tratar de darse cuenta.

Ahora bien; mientras subsista la obstinada voluntad de comprender y de hacer saber lo que se ha comprendido, quizá no haya motivo para desesperar del todo.

FIN

INDICE

	PÁG.
Prólogo, por AMÉRICO GHIOLDI	7
Mi paso por el comunismo	19
El nihilismo de nuestro tiempo	105

BIBLIOTECA NACIONAL
28 MAY 1978
SECC. CONTROL Y CAT.

CUADERNOS

del Congreso por la Libertad de la Cultura
23, rue de la Pépinière. París (VIII)

•

Consejo de honor:

Germán Arciniegas, Eduardo Barrios, Américo Castro, Emilio Frugoni, Rómulo Gallegos, Jorge Mañach, Francisco Romero, Luis Alberto Sánchez y Erico Veríssimo.

•

Revista bimestral, que aparece en castellano y se publica en París, con el objetivo fundamental de defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo: la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Colaboran en ella escritores de todas las tendencias.

El ejemplar, de 120 páginas .... $ 15.–
Suscripción anual .... $ 75.–

Central distribuidora y oficina para suscribirse:

LIBERTAD 1258 - BUENOS AIRES

BIBLIOTECA DE LA LIBERTAD

Se publica bajo los auspicios de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, con el propósito de dar a conocer los estudios contemporáneos relacionados con el problema de la libertad crítica y creadora.

Aparecerá un mínimo de cuatro volúmenes por año. Sucesivamente se insertarán trabajos de Sidney Hook, André Malraux, Nicola Chiaramonte, Thomas Mann, Roger Callois, Guido Piovenne, Raymond Aron, Ignacio Silone y otros escritores de renombre universal.

Van publicados los siguientes:

I. *Filosofía y Libertad*, por Francisco Romero; *Por la Libertad de la Cultura*, por Roberto F. Giusti, y *Objetivos Claros, Acción Fecunda*, por Juan Antonio Solari.

II. *Intelectual, ¿por qué eres Comunista?*, por Carlos P. Carranza.

III. *Mi Paso por el Comunismo*, por Ignacio Silone.

IV. *¿Qué es el Realismo Socialista?* Crítica de la literatura en la Unión Soviética.

Pedidos a la

EDITORIAL BELL, S. A.

CAMPICHUELO 553 - BUENOS AIRES

Este libro
se terminó de imprimir
en Artes Gráficas
Bartolomé U. Chiesino, S. A.
Ameghino 838 — Avellaneda
Buenos Aires
el día 15 de julio
de 1959